

EL TEATRO.  
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

---

CORRER EN POS  
DE UN IDEAL,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

---

SEGUNDA EDICION.

---

MADRID.  
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.  
OFICINAS: POZAS—2—2.º

1879.

# ADICION AL CATÁLOGO DE 1.º DE MARZO DE 1879.

TÍTULOS.

Actos.

AUTORES.

Prop. que  
corresponde

## COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Á tiempo.....	1	H. Giner de los Rios y J. Cont. Crooke.	Todo.
Bodas trágicas.....	1	D. José Echegaray.....	»
Casado y con hijos.....	1	José Campo Arana..	»
Champagne frappé.....	1	Miguel Echegaray...	»
Céfiro enamorado.....	1	Luis Pacheco.....	»
Complicaciones.....	1	S. Contreras.....	»
Cortar por lo sano.....	1	A. Sanchez Ramon..	»
Donde fueres, haz lo que vieres.....	1	E. Jackson Cortés...	»
Dos sabios.....	1	Antonio Salazar.....	»
El egoismo.....	1	E. Segovia.....	»
El cuerpo del delito.....	1	José Jackson Veyan..	»
Entre amigos.....	1	F. Flores García....	»
La cinta azul.....	1	Enrique Prieto.....	»
La conciencia.....	1	José del Castillo.....	»
La escalera.....	1	Eduardo Guillen....	»
Las citas de Carlota.....	1	Luis Cocat.....	»
Las orejas del lobo.....	1	José Campo.....	»
Lazos del corazon.....	1	R. Leopoldo Palomino	»
Pedro Ponce y Juan Carranza.....	1	José María Nogués..	»
Perdido por mil.....	1	E. Navarro.....	»
Por el balcon.....	1	Enrique Prieto.....	»
Por indicios.....	1	F. Roccherini.....	»
Primera carta de amor.....	1	E. Navarro.....	»
Sin comerlo ni beberlo.....	1	I. A. Bermejo.....	»
Trigninas y filoxeras.....	1	Jaime Piquet.....	»
Un rival en la cuna.....	1	J. Martin y Santiago.	»
Yo pequé.....	1	Manuel Sala.....	»
A espaldas de su marido.....	2	Ildefonso A. Bermejo.	»
La daga de Alfonso XI.....	2	Francisco Macarro...	»
Marte, Baco, Venus y Terpsicore.....	2	Enrique G. Bedmar..	»
Como las golondrinas.....	3	M. Echegaray.....	»
Despues de la boda.....	3	José Campo Arana..	»
Don Baldomero Espartero.....	3	A. Gamayo.....	»
El cura de San Antonio.....	3	Ceferino Palencia...	»
En el seno de la muerte.....	3	José Echegaray.....	»
En la piedra de toque.....	3	E. Alvarez Gimenez.	»
Las penas del purgatorio.....	3	J. Campo Arana (Mit.)	»
María Estuardo.....	3	José Campo.....	»

**CORRER EN POS DE UN IDEAL.**

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

- EL LIBRO TALONARIO, comedia en un acto, original y en verso.
- LA ESPOSA DEL VENGADOR, drama en tres actos, original y en verso.
- LA ÚLTIMA NOCHE, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
- EN EL PUÑO DE LA ESPADA, drama trágico en tres actos, original y en verso.
- UN SOL QUE NACE Y UN SOL QUE MUERE, comedia en un acto, original y en verso.
- CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
- EL GLADIADOR DE RAVENA, tragedia en un acto y en verso, imitación.
- Ó LOCURA Ó SANTIDAD, drama en tres actos, original y en prosa.
- IRIS DE PAZ, comedia en un acto, original y en verso.
- PARA TAL CULPA TAL PENA, drama en dos actos, original y en verso.
- LO QUE NO PUEDE DECIRSE, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
- EN EL PILAR Y EN LA CRUZ, drama original en tres actos y en verso.
- CORRER EN POS DE UN IDEAL, comedia original, en tres actos y en verso.
- ALGUNAS VECES AQUÍ, drama original en tres actos y en prosa.
- MORIR POR NO DESPERTAR, leyenda dramática en un acto y en verso.
- EN EL SENO DE LA MUERTE, leyenda trágica en tres actos y en verso.
- BODAS TRÁGICAS, cuadro dramático del siglo XVI.

# **CORRER EN POS DE UN IDEAL,**

**COMEDIA**

**EN TRES ACTOS Y EN VERSO,**

**POR**

**JOSÉ ECHEGARAY.**

Representada por primera vez en el Teatro ESPAÑOL la noche del 15  
de Octubre de 1878.

---

**SEGUNDA EDICION.**

---

**MADRID.**

**IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.**

**1879.**

**ACTORES.****PERSONAJES.**

DOÑA RAMONA, madre de.....	SRTA. CALDERON.
SOFÍA, esposa de.....	MENDOZA TENORIO
EUGENIO.....	SR. CALVO (D. Rafael).
VICENTE.....	CALVO (D. Ric.).
DOÑA RITA, hermana de.....	SRA. REVILLA.
EL SR. DE AROLAS.....	SR. JIMENEZ.
LAURA, sobrina de ambos.....	SRTA. GORRIZ.
UN CRIADO.....	SR. LETRE.

---

La escena en Madrid en casa de Eugenio.

---

Año de 18...

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lirico-Dramática, titulada el Teatro, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

El teatro representa un salon elegante, pero no extremadamente lujoso; es un verdadero salon de artista algo desordenado.

Á la izquierda del espectador, en primer término, un piano, y suspendido de la pared, con alguna inclinacion, un gran espejo antiguo: en segundo término, un balcon con hojas de cristal.

Á la derecha, en primero y segundo término respectivamente, dos puertas: la primera se supone que da al estudio de Eugenio, la segunda que comunica con las habitaciones interiores.

En el fondo una puerta grande.

Á la izquierda, y en primer término, una butaca y alguna silla, á la derecha, un velador, un sofá y sillas tambien.

Muebles y cuadros antiguos y objetos artísticos esparcidos en desórden, pero sin aglomeracion.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA RAMONA.

(Es de dia.)

Pues señor, esto va mal:  
no corresponde mi yerno  
ni á mi confianza de madre,  
ni al santo y profundo afecto  
de aquella niña gentil,

que es para mí todo un cielo,  
ahora triste y empañado  
si ántes hermoso y sereno.  
Pero ¿por qué? ¿por qué causa  
se muestra con ella Eugenio  
indiferente y uraño,  
desdeñoso, hasta grosero,  
en fin, y lo digo todo,  
¡marido! cuando aún no es tiempo,  
porque no cumpliése el año  
de matrimonio, y yo creo  
que toda luna de miel  
son doce meses completos!  
¡Mucho más duró la mia  
y me supo á mucho ménos!  
Vamos, vamos, me confundo  
cuando en estas cosas pienso;  
y se me altera la bilis;  
y cada vez que le veo  
toda mi sangre de suegra  
se me convierte en veneno.  
Con un ángel por mujer,  
ó con dos, si bien hacemos  
la cuenta, que es mí Sofia,  
por el alma y por el cuerpo,  
ángel con figura humana  
y forma de ángel del cielo.  
Con una mamá política  
como yo, que sólo quiero  
que la haga feliz, no más,  
y en cambio á todo me avengo.  
Jóven, rico, según fama  
pintor de nombre y de genio,  
¿qué es lo que quiere, Dios mio?  
para su dicha y contento,  
¿qué le falta ó qué le sobra?  
¿Por qué siempre su entrecejo  
tan arrugado se muestra,  
que parece que está preso  
en la tenaza de dos  
encontrados pensamientos?  
¿Por qué busca de continuo



por los aires y en el cielo,  
una pista misteriosa  
ó un fantasma volandero?  
¿Por qué al mirar á Sofía,  
en vez de brótarle fuego  
los ojos, como es razón,  
y sucedía en mi tiempo,  
se empañan de la tristeza  
bajo el lacrimoso velo?  
¿Y por qué al mirarme á mí,  
que soy un manso cordero,  
y que nunca le hice mal,  
me observa, como diciendo:  
«¡ay suegra, si yo pudiese  
ceñir á tu blanco cuello,  
á manera de dogal,  
estas manos y estos dedos!»  
Ó es un traidor, ó es un loco,  
ó es que el diablo anda por medio.

## ESCENA II.

DOÑA RAMONA.—SOFÍA, que entra por el segundo término.

SOFÍA. ¡Ay mamá del alma mía,  
hoy como ayer y peor!  
Ese hombre no tiene amor  
ó tiene otro.

RAMONA. No, Sofía.

SOFÍA. Pues yo te digo que sí.

RAMONA. Pues dices un desatino.

SOFÍA. Pero si es que yo adivino  
que nada siente por mí.  
Me lo dicen mis sonrojos,  
su indiferencia y su calma,  
lo grita á voces el alma,  
lo ven con llanto los ojos.

(Acercándose más á su madre y señalando hácia el estadio de Eugenio.)

Mira, si allá, displicente,  
olvidada la paleta,

entre las manos sujeta  
la inspirada y noble frente,  
en su estudio alguna vez  
le encuentro, y me acerco amante,  
y de él me pongo delante;  
ni nota mi palidez,  
ni mi llanto con él medra,  
ni hácia mí vuelve la cara,  
y le hablo, y como si hablara  
con una estatua de piedra.  
Salga ó éntre, pare ó pase,  
yo no existo para Eugenio.

(Con abatimiento.)

RAMONA. Eugenio, niña, es un genio,  
y los hombres de esta clase,  
tienen unas mismas mañas  
todos, precisas y ciertas:  
pasarse las horas muertas  
pensando en las musarañas.  
Y despues á lo que entiendo,  
del éxtasis al final,  
brota una obra colosal,  
ó un desatino estupendo.

SOFÍA. No es eso.

RAMONA. Será otra cosa.

SOFÍA. En el arte no está el quid,  
es que algo tiene en Madrid,  
y es que no quiere á su esposa.

RAMONA. Pues él no sale de casa.

SOFÍA. Pues será que ella le escribe.

RAMONA. Pues él cartas no recibe.

SOFÍA. Pues entónces ¿qué le pasa?

Madre, dime la verdad:

(Acercándose á ella con mimo.)

sin embajes, sin aliño,  
sin que te ciegue el cariño,  
sin reparo, sin piedad,  
de modo que yo te crea...

(Con imperio creciente.)

RAMONA. ¿Qué es ello? vamos á ver.

SOFÍA. Que quiero, madre, saber  
si soy bonita ó soy fea.

RAMONA.

¿Si eres bonita?

(Atrayéndola á sí con amor.)

¡Malaya

el que así te hace dudar!

Ya puede la vuelta dar  
al mundo, que á donde vaya  
ese hombre de Belcebú,  
por mucho que el sol le alumbre,  
no ha de hallar bajo su lumbre  
otra mujer como tú.

¿Como ésta? (Acariciándola.)

¿Con este hoyuelo?

Quien tal piense mucho yerra.

¡Si por no haberla en la tierra  
me la enviaron desde el cielo!

SOFÍA.

¿De veras, mamá? ¡Por Dios!...

(Con alegría algo infantil.)

RAMONA.

Vamos, á qué más recato:

(Bajando la voz y mirando á una y otra parte.)  
eres mi mismo retrato,  
entre veinte y veinte y dos.

(Sofía mira atentamente á su madre y luego  
baja la cabeza: Despues una pequeña pausa.)

¿Por qué te quedas callada?

¿Es que no te satisface  
acaso este desenlace?

¿Qué no?

SOFÍA.

Si no digo nada.

Claro, seré muy bonita,  
pero á Eugenio no le inspiro.

Él me mira, yo le miro;  
indiferente me quita

(Imitando algo la accion de separar á una per-  
sona.)

de en medio, ó me dice, «vete,»

mirándome de soslayo;

coge el pincel con desmayo,

avanza hácia el caballete,

y en dar carácter se empeña  
á la cabeza de un oso

que en un cuadro muy hermoso  
pintó subido á una peña.

- Si esto te parece á tí  
que es pensar en su mujer...
- RAMONA. (Con arranque de indignacion.)  
En tí no, pero á mi ver  
es que está pensando en mí.  
Le conozco por desgracia,  
y adivino su intencion,  
y te sobra la razon,  
y vaya, no me hace gracia  
el proceder de ese loco.
- SOFÍA. ¿Ves como al cabo confiesas?  
RAMONA. ¿Conque esas tenemos?... ¿esas?...
- Señor mio, poco á poco.  
¿Con su conducta liviana  
usted introduce el mal  
en este hotel señorial  
de la Fuente-castellana?  
Pues yo me encargo de usted,  
yo le haré tener más juicio,  
yo le pondré, que es mi oficio,  
entre el hierro y la pared.  
Y digo hierro y no espada  
como el caso exigiría,  
porque no sé todavía  
cuál será el arma empleada.  
Conque en guardia, señor yerno.

### ESCENA III.

DOÑA RAMONA.—SOFÍA.—UN CRIADO, por  
el foro.

- CRIADO. Está esperando allá fuera,  
con una á modo y manera,  
así, de ama de gobierno,  
una linda señorita  
que esta tarjeta me ha dado.
- SOFÍA. (Tomando la tarjeta, leyéndola y dando un  
grito de alegría.)  
Laura! Laura que ha llegado!
- RAMONA. Sola?
- SOFÍA. Con Ventura y Rita.  
Pero la pobre no tuvo

- RAMONA. paciencia para esperar...  
(Al Criado.) Al momento, hazle pasar.  
(El Criado hace un movimiento para salir.)
- SOFÍA. Espera... No! que allá subo.  
Á mi cuarto la conduces.  
Anda pronto.
- CRiado. Sí señora.  
(El Criado sale por el foro.)

### ESCENA IV.

DOÑA RAMONA.—SOFÍA.

- RAMONA. Pero, ¿qué te ha dado ahora?  
dí, por qué no la introduces  
en este salon?
- SOFÍA. ¿Por qué?  
(Con cierto misterio.)  
Porque Laura es muy hermosa:  
¡hermosa como una diosa!  
y si *él* entra... y si la ve...
- RAMONA. Pero si no la conoce.
- SOFÍA. Pues por eso: ¡Qué regalo!  
¿Buscar á un hombre tan malo,  
para su disfrute y goce,  
y además buscarla yo,  
una córte de beldades,  
que den á sus soledades  
encanto!
- RAMONA. Niña...
- SOFÍA. Que no.

### ESCENA V.

- SOFÍA.—EUGENIO, por la derecha, primer término.
- EUGENIO. Qué conversacion tan viva!  
¿Regañabais?
- SOFÍA. Regañar!...  
con ella!  
(Hace un mimo á su madre y se dirige á la  
puerta.)

EUGENIO. (Á Sofía.) Vas á marchar...  
SOFÍA. (Con sequedad.)  
Alguien me espera allá arriba.  
(Sale Sofía por la derecha, segundo término.)

## ESCENA VI.

DOÑA RAMONA.—EUGENIO.

EUGENIO. (Dejándose caer con languidez en una butaca.)  
Me parece que está triste,  
ó acaso que está enojada.  
Pues no sé... no le hice nada.

RAMONA. (Ap.) (Vamos, si no le resiste  
ni el mismo Job que viniese,  
y que de sexo cambiase,  
y en suegra se trasformase,  
y por yerno le tuviese.)  
(En voz alta.) Conque nada hiciste?

EUGENIO. No.

Al ménos nada recuerdo  
que la ofenda.

RAMONA. Tú ¿estás cuerdo?  
Míralo bien.

EUGENIO. Qué sé yo.

RAMONA. Pues oye: voy sospechando...

EUGENIO. ¿Qué sospecha usted, mamá?

RAMONA. Que tu cabeza no está...

EUGENIO. No está, ¿cómo?...

RAMONA. Como cuando  
la conociste en Granada.

(Refiriéndose á Sofía)

EUGENIO. Ya hace tiempo.

(Movimiento de Doña Ramona)

¿No hace mucho?

RAMONA. Escucha, Eugenio.

EUGENIO. Ya escucho.

RAMONA. Me tienes muy enfadada.

(Sentándose á su lado.)

—Aunque tu orgullo se asombre,  
una mujer es un ser,  
que sabe odiar y querer

ni más ni ménos que el hombre.  
Que tiene alma y corazón.

EUGENIO. No siempre.

RAMONA. Vaya, no empieces.

Por lo ménos tantas veces  
como vosotros. (Ap.) ¡Bribon!

EUGENIO. No diré yo lo contrario:

pero en verdad, no comprendo  
á qué viene este estupendo  
exabrupto extraordinario.

RAMONA. Pues te lo voy á decir;  
porque no puedo callar;

porque yo voy á estallar.

EUGENIO. No estalle usted. Puedo oír.

RAMONA. (Con ternura.) Tú no sabes de seguro  
lo que es una hija:

EUGENIO. (Con algo de ironía.) No á fe,  
mamá, tan bien como usted,  
pero, en fin, me lo figuro.

RAMONA. (Ya impaciente.)

Pues mira, no te lo explico,  
porque tú no entenderías  
estos sueños y manías;  
pero no cierro mi pico  
sin decirte en conclusion,  
que te cuadre ó no te cuadre,  
que una hija, para su madre,  
es ser de tal condicion,  
que por no ver en su faz  
esa constante agonía  
que hay en la faz de Sofía,  
toda madre es muy capaz.  
—y mira que hartó me fundo,  
y perdona estos vocablos,  
de dar á todos los diablos  
todos los yernos del mundo.

(Levantándose con violencia y separándose de  
Eugenio algunos pasos.)

Conque te he explicado ya  
por si esto te regocija  
lo que es tener una hija.

EUGENIO. Y tener una mamá.

(Ap.) (Estalló la bomba al fin:  
y aún pudo hacer más estragos.  
Con cariños, con halagos  
se domestica un mastin:  
con castigos, con rigores  
las más fieras alimañas;  
pero nunca hallaron mañas  
ni yernos, ni domadores  
para vencer la bravía  
condición y el fiero porte  
en osos blancos del Norte,  
ni en suegras del *Mediodía*.)  
(En voz alta.): ¿Por qué me dice usted eso?  
¿por qué me manda usted al diablo?  
Yo, señora, siempre le hablo  
con la medida y el peso,  
á que me obliga su edad  
y á que mi genio se presta:  
en cambio usted me contesta  
con alguna enormidad,  
á que no encuentro disculpa.  
¿Por qué esa eterna manía?  
RAMONA. Porque es infeliz Sofía,  
y porque es tuya la culpa.  
Al principio, allá en Granada,  
en mi casa de labor,  
en donde hiciste el amor  
á esa niña desdichada,  
eras un chico simpático,  
natural y bondadoso;  
ni triste, ni nebuloso,  
ni grosero, ni enigmático.  
Al parecer la querías,  
al parecer no me odiabas,  
á su lado siempre estabas,  
y de mi lado no huías.  
Así llegaste á gozar  
el envidiable contento  
y el dulce recogimiento  
que da siempre el propio hogar.  
Mas vinimos á Madrid,  
para negocios de boda



y acabó la dicha toda:  
en aquel tiempo está el quid.  
Era la Cuaresma.

EUGENIO. (Algo distraído.) No.

RAMONA. La Cuaresma.

EUGENIO. El Carnaval.

RAMONA. Pues allí empezó tu mal.

EUGENIO. Empezó cuando empezó.

RAMONA. Luégo confiesas que hay algo,  
que algo te pasó en la córte.

EUGENIO. ¿Hay paciencia que soporte  
tal empeño! Lo que valgo,  
y lo que tengo, daría  
por ponerle á usted en razon.  
Pues en aquella ocasion,

(Como procurando convencerla.)  
casado ya con Sofia,  
¿no sufrí una enfermedad  
nerviosa?

RAMONA. En Granada; cierto.  
¡Fiebre, delirio!...

EUGENIO. Por muerto,  
¿no me daban?

RAMONA. Es verdad.

EUGENIO. Pues de este mal, no de otro  
suceso hablaba.

RAMONA. Entendido.

EUGENIO. ¡Pero usted ha decidido  
tenerme siempre en un potro!

RAMONA. (Con algo de ternura.)  
En un potro, y con la negra  
perspectiva de la fosa,  
te velaba cariñosa.  
esta picarona suegra.

Yo tres horas, y otras tres  
la pobrecita Sofia,  
y así nos hallaba el dia,  
y así la noche despues.  
Cuatro meses, las dos solas,  
por tarde, noche y mañana,  
exceptuando una semana,  
que veláron las de Arolas.

EUGENIO. (Levantándose de pronto y hablando con ansiedad.)

¿Las de qué? ¿Qué nombre es ese?

¿Mujeres? ¿Jóvenes? ¿Bellas?

¿Quiénes son? ¿Quiénes son ellas?

No extrañe... que me interese...

(Conteniéndose.)

pero... es tan noble... hay tal aura  
de cristiana caridad

en esa accion... Y ¿es verdad

que velaron?

RAMONA. Veló Laura

algunas noches, y Rita,

y tambien veló Ventura.

EUGENIO. Pues yo, con mi calentura

y esta memoria maldita,

no recuerdo... ¿Quiénes son?

Ellas ¿viven en Granada?

RAMONA. No, en Madrid.

EUGENIO. Ya: de jornada

llegaron en la ocasion...

RAMONA. ¿Que tanto te importe á tí

de gente que no conoces,

y que en la pena te goces

del ángel que yo te dí?

¿Que una mirada fugaz

de mujer desconocida

te despierte á nueva vida

y dé carmin á tu faz;

y que aquel amargo llanto

vertido á tu cabecera

por tu esposa y compañera

no consiga más, ni tanto!

¿Qué ni una lágrima pura

conserves de tu mujer,

y te interese saber

si te ha velado Ventura!

¿Conducta tan ruin y negra,

vamos, me saca de quicio,

y me hace perder el juicio

y me da sangre de suegra.

EUGENIO. (Impacientándose.) Eso es hablar por hablar

y pintar como querer.  
Yo respeto á mi mujer.

RAMONA. ¡Qué es eso de respetar!  
¡Pues no faltaba otra cosa!  
Es, que es preciso quererla  
con toda el alma y hacerla  
en esta vida, dichosa.  
¿No es bonita?

EUGENIO. Un querubin.

RAMONA. ¿No tiene talento?

EUGENIO. Mucho.

RAMONA. Gracias á Dios que te escucho  
decir algo bueno al fin.  
¿No te quiere?

EUGENIO. El corazon  
me dice que sí, señora.

RAMONA. Pues no te quiere: ¡te adora!

EUGENIO. (Cada vez más impaciente.)

¡Basta ya! ¡por compasion!

RAMONA. Seguiré aunque no te cuadre.

¿No es honrada?

EUGENIO. (Con enojo.) ¿Y á qué viene?...

RAMONA. Pues dí, ¿qué defecto tiene?

EUGENIO. (Sin poder contenerse.)

El tenerla á usted por madre.

Defecto tan singular,

tan feroz, tan corrosivo,

que con él sólo hay motivo,

y de sobra, para odiar

al ser á quien acompañe,

y en cuanto alcanza su vista

no hay virtud que le resista,

ni perfeccion que no empañe.

(Ap.) (Vamos, ya me desahogué:

se me acabó la paciencia.

Despues de todo, en conciencia,

me atacó, yo contesté.)

RAMONA. ¿Conque la causa yo he sido?... (Llorosa.)

¿Por mí la pobre Sofía?...

Pues mira, yo no creía...

Pero en fin, nada hay perdido.

Yo sólo su dicha quiero:

mañana mismo me voy:  
y si tú lo mandas, hoy.  
Lo primero es lo primero.  
EUGENIO. Pero ¿quién le dice?...  
RAMONA. Tú.  
Yo pensaba á vuestro lado  
haber la vida acabado.  
Pero en fin... (Llorando.)  
EUGENIO. ¡Por Belcebú!...  
RAMONA. Mira, que la hagas feliz,  
y te lo perdono todo.  
EUGENIO. ¡Pues señor, no encuentro modo:  
se me montó en la nariz!

### ESCENA VII.

DOÑA RAMONA.—EUGENIO.—SOFÍA.

SOFÍA. (Entra por la derecha, segundo término, se acerca á su madre y le habla al principio en voz baja.)  
Ya se fué Laura, mama...  
¿Pero qué es eso, tú lloras?  
¿La hiciste llorar? (Á Eugenio.)  
EUGENIO. ¡Señoras,  
otra escena!... Basta ya.  
RAMONA. Si fué sólo...  
SOFÍA. Mira, Eugenio,  
de mí... no te digo nada;  
pero mi madre es sagrada.  
(Ap. á su madre.)  
(Él es muy vivo de genio,  
¿y quién sabe? sin querer  
dijo algo que te ofendió.  
¿No es verdad?)  
(En voz alta.) Eugenio, yo  
al cabo soy tu mujer:  
debo sufrir tus enojos,  
debo sufrir tus rigores...  
(Volviéndose hacia su madre.)  
Vamos, mamá, que no llores:  
seca el llanto de tus ojos.

Por Dios que no llores más;  
que me aflige verte así.  
¡Pero qué ha pasado? Dí.

RAMONA. Luégo, luégo lo sabrás.

SOFÍA. Dilo tú. (Á Eugenio)

EUGENIO. Nada, Sofía.

RAMONA. Hija, me ha echado de casa.

SOFÍA. Esto ya de raya pasa.

¡Á mi madre? ¡Madre mia! (Abrazándola.)

RAMONA. Que no me puede sufrir  
dijo con todas sus letras,  
y ya el sentido penetras  
de esta frase. He de partir.

SOFÍA. Pues contigo saldré yo.

EUGENIO. Me va faltando la calma.

RAMONA. Sofía!

(Rompiendo á llorar y abrazándose á su hija.)

SOFÍA. Madre del alma! (Lo mismo.)

EUGENIO. Basta, señoras!

VICENTE. (Desde la puerta.) Tableau.

## ESCENA VIII.

DOÑA RAMONA.—SOFÍA.—EUGENIO.—VICENTE

VICENTE. Si estorbo?... (Siempre desde la puerta.)

EUGENIO. ¡Qué disparate!

Entra.

SOFÍA. Nos vamos. (Á Vicente.)

EUGENIO. (Á ver

si Vicente viene á ser  
el precio de mi rescate.)

VICENTE. (Adelantándose poco á poco y saludando.)

Señoras...

EUGENIO. (Á Vicente.) Ven.

(En voz baja á Sofía.) (Que no llore.)

SOFÍA. (Á Vicente.) ¡Mamá tiene una jaqueca!...

EUGENIO. (Ap. al mismo.)

(Acércate más, babieca.)

SOFÍA. Adios. (Llevándose á su madre.)

:

VICENTE.

Que usted se mejore.

(Salen por la derecha, segundo término, Sofía y Ramona.)

## ESCENA IX.

EUGENIO.—VICENTE.

Se quedan en pie, uno frente á otro, cruzados de brazos y mirándose sin pestañear. Escena mímica.

EUGENIO. Conque ya ves. (Señalando á la derecha.)

VICENTE. Ya estoy viendo.

¿Y tú?

EUGENIO. Pues hasta la fecha  
con vista sigo.

VICENTE. Milagro  
que la conserves ilesa,  
y que tus ojos no esten  
en las uñas de tu suegra.  
Segun como te miraba  
pronto sin ellos te quedas.

EUGENIO. Para ver lo que ahora veo,  
y no ver lo que quisiera,  
bien haya la amiga sombra,  
mal haya la luz febea.

VICENTE. No te remontes, querido:  
ménos vuelo y más modestia,  
que no es para tanto el cuadro  
de *un interior y una vieja*.

EUGENIO. Tú que los pintas ahora  
de género, la paleta  
prepara y traslada al lienzo  
esta doméstica escena.  
Bien puedes; pero ¡ay, si tú  
sufrieses sus consecuencias!  
Mi mujer que siempre llora,  
la mamá que nunca cesa,  
una vida que no acaba,  
y una muerte que no llega.

VICENTE. ¿Por qué las sufres?

EUGENIO. ¿Por qué?

VICENTE. Sí.

EUGENIO. (Con repentino arranque.)  
Porque tengo conciencia,  
y porque tienen razon,  
y porque soy un tronera,  
y un mal hombre, y no soy más,  
no por virtud ni vergüenza,  
sino porque no he podido  
dar todavía con *ella*.

VICENTE. ¿Con la vergüenza?

EUGENIO. No.

VICENTE. Pues...

EUGENIO. ¡Con la que el alma me lleva;  
con la que flota ante mí  
siempre léjos, nunca cerca;  
con el ideal de mis sueños  
de hombre, pintor y poeta!

VICENTE. Una creacion de tu mente,  
un ser sin forma terrena,  
contornos de tu pincel,  
colores de tu paleta,  
que vagan por el espacio  
cual fantasmas de una idea:  
si tu pecado no es otro,  
cálmate, muy poco pecas.

EUGENIO. (Acercándose á él con misterio y hablando con  
fuego.)

Una creacion, *pero real*:  
un ser *con forma terrena*:  
rasgos de un pincel divino:  
colores que calor prestan:  
no del espacio fantasmas,  
*la mujer*, la eterna *Eva*,  
¡hermosa para el pecado,  
sublime para la idea!

VICENTE. Esto ya es grave. ¿Y en dónde  
*ese ideal* forma concreta  
tomó por primera vez?

EUGENIO. En el Teatro Real.

VICENTE. Á tierra

- echaste de un solo golpe  
toda tu armazon poética.
- EUGENIO. Aguarda.
- VICENTE. Aguardo.
- EUGENIO. En un baile  
de máscaras.
- VICENTE. No me resta  
más que oír, sino que tú  
fuiste quien pagó la cena,  
para declararte tonto,  
y la razon á tu suegra  
dar por completo. Conque  
¿á cuánto subió la cuenta?
- EUGENIO. Vete al diablo: no eres digno  
de que te diga mis penas.  
¡No profanes los ensueños  
del que vive porque sueña!  
¡Qué mujer, y qué bondad!  
¡Qué abandono, y qué reserva  
tan dulce y tan incitante!  
De malicia y de inocencia,  
de candor y de pasion,  
de alegría y de tristeza,  
¡qué peregrino conjunto,  
qué maravillosa mezcla!  
Y qué gusto! y qué instruccion!  
De mi cuadro de Reveca  
me habló con mucho entusiasmo,  
¡y me habló de una manera!  
Y la cara ¿era bonita?
- VICENTE.
- EUGENIO. De fijo.
- VICENTE. ¿Eh! (Con asombro.)
- EUGENIO. No pude verla.
- VICENTE. Anda, anda!... Doña Ramona!...  
(Dirigiéndose á la derecha y llamando á gritos.)
- EUGENIO. ¿Á quién llamas?
- VICENTE. Á tu suegra.
- EUGENIO. Para qué?
- VICENTE. Para que al punto  
haga que el médico venga.
- EUGENIO. ¿Por qué causa?
- VICENTE. Porque tienes



trastornada la mollera.

(Adelantándose otra vez y cogiendo á Eugenio por un brazo.)

Por una mujer... ¡de un baile!  
por un dominó de seda...  
¿No fué dominó?

EUGENIO. Cabal.

VICENTE. ¿Y negro?

EUGENIO. Justo.

VICENTE. Es de regla.

Por mujer que nunca viste  
sin disfraz y sin careta;  
que no sabes si era jóven,  
y es probable fuese vieja;  
que aún ignoras si era guapa,  
y yo afirmo que era fea:  
á quien supones talento,  
porque astuta y lisonjera  
te dijo que era admirable  
tu pintura de Rebeca,—  
á toda prisa te forjas,  
allá en tu pobre cabeza,  
un ideal de perfecciones,  
una Doña Dulcinea;  
y olvidas á tu mujer,  
que, en confianza, es una perla;  
y hostigas á la mamá,  
que, vamos, sé justo, es buena;  
y traes al hogar doméstico...  
llantos, discordias y guerras,  
exponiéndote... ¿quién sabe?  
á ser infeliz de veras.

EUGENIO. No vas á acabar?

VICENTE. De qué?

EUGENIO. De ser crítico babieca.

VICENTE. Me parece...

EUGENIO. (Burlándose.) Me parece!

No sabes lo que te pescas.

Es hermosa! No, ¡divina!

VICENTE. Ya: la viste.

EUGENIO. Eso quisiera.

Pedí... supliqué... y en vano.

Ni la rica blonda negra,  
en cuyas orlas moría  
el raso de su careta,  
quiso separar un punto  
con su mano pequenuela.

VICENTE. Y tú, con la tuya enorme,  
con enormidad grosera...

(Haciendo el ademán de separar el velo.)

EUGENIO. Quita allá.

VICENTE. Pues no lo entiendo.

EUGENIO. Una de sus compañeras...  
porque eran tres.

VICENTE. Las tres gracias.

EUGENIO. Pues las tuyas son bien necias.

VICENTE. No te incomodes y sigue.

EUGENIO. En una hermosa pulsera  
y con cerco de brillantes  
llevaba un retrato. Atenta  
mi súplicas escuchaba,  
y al fin mujer y al fin buena,  
por mis afanes vencida  
su femenil fortaleza,  
riendo como una loca,  
y las otras dos con ella,  
así burlona me dijo:  
«si quieres verla, sin verla,  
»mira y admira,» y mostróme  
imágen de tal belleza,  
que por verla otra vez más  
la vida y el alma diera.

VICENTE. Despues?...

EUGENIO. Despues me dejó,  
pero con voz dulce y tierna,  
acercándose á mi oído  
me dijo de esta manera:  
«Á tu lado me tendrás  
»muchas veces, sin que creas  
»que estoy á tu lado, Eugenio.  
»Sueña conmigo, poeta,  
»que tu musa he de ser yo,  
»aun cuando nunca me veas.»

VICENTE. Y se marchó?

- EUGENIO. Se marchó;  
pero ántes me hizo promesa  
de volver á verme.
- VICENTE. Y ¿cómo?  
¿al natural?
- EUGENIO. Encubierta.
- VICENTE. Cuándo?
- EUGENIO. Al año.
- VICENTE. Dónde?
- EUGENIO. Allí.
- VICENTE. Y ¿el plazo?...
- EUGENIO. Á las tres y media  
de esta madrugada cumple.
- VICENTE. ¿Tan pronto?
- EUGENIO. Tan tarde!
- VICENTE. Y ¿piensas?
- EUGENIO. Ir aunque el Real se desplome  
con todas sus dependencias:  
aunque pongan fuego en casa  
llamaradas de mi suegra:  
aunque la pobre Sofia  
amargas lágrimas vierta:
- VICENTE. Y ¿si no va?
- EUGENIO. Sé que irá.  
Siento que viene: que llega:  
me la anuncia el corazon,  
que fué siempre el gran profeta:  
la preceden mil señales  
en los cielos y en la tierra.  
Qué más! hoy su nombre supe.
- VICENTE. Diablo, la historia ya es seria.  
Y ¿se llama?
- EUGENIO. No lo sé.
- VICENTE. ¡Pero Eugenio!...
- EUGENIO. En buena cuenta  
tiene uno de estos tres nombres:  
Ventura.
- VICENTE. Si fuese buena.
- EUGENIO. Rita.
- VICENTE. Si fuese bonita.
- EUGENIO. Ó Laura.
- VICENTE. Para un poeta

es gran musa. ¿Y quién te dijo  
esos nombres?

EUGENIO. Quién? Pues ella:  
mi mamá!

VICENTE. ¡Doña Ramona?

EUGENIO. La misma.

VICENTE. ¡Virgen excelsa!

EUGENIO. Más tarde lo sabrás todo.  
Ahora escucha, que algo queda.  
Tengo su retrato. (Al oído.)

VICENTE. (Con afán.) ¡A verlo!

EUGENIO. Lo copié de la pulsera.

VICENTE. Te la dió?

EUGENIO. ¡Qué desatino!

VICENTE. Pues cómo?

EUGENIO. Verás.

VICENTE. (Ya interesado y dándole un abrazo.)  
Aprieta!

EUGENIO. Era una noche de fiebre,  
de las que tan solo dejan  
un recuerdo de dolor,  
sombras flotantes y densas,  
alguna lágrima ardiente  
y el eco de alguna queja.

VICENTE. ¿Cuando en Granada estuviste  
enfermo?

EUGENIO. Cabal.

VICENTE. Empieza  
á interesarme el embrollo.  
Prosigue.

EUGENIO. La noche aquella  
hubo un momento en que tuve  
razon, memoria, conciencia...  
Y una mujer me velaba,  
y aunque entre sombras envuelta,  
su rostro era luz, y yo  
la conocí y era ella.  
Desnudo brazo de mármol,  
de la negra manteleta  
sacó un punto; desprendió  
de la torneada muñeca  
anillo de rojo fuego;

lo dejó sobre una mesa  
próxima á mi lecho triste,  
y doblando la cabeza,  
por el cansancio vencida,  
los bellos párpados cierra.  
Con silencio extendiendo y ansia  
mi mano calenturienta;  
el aro de fuego cojo,  
atraigo hácia mí la presa,  
y despues... nada: el delirio,  
una estancia triste y negra,  
una mujer que dormita,  
el oscilar de una péndola,  
un hombre que se revuelve  
apretando una pulsera  
contra el descarnado pecho,  
y un corazon que más fuerza  
le pide á la calentura,  
para besar más apriesa,  
al compás de sus latidos  
del metal la imágen bella.

VICENTE. Y ¿dónde ocultas la joya  
cárcel de tanta belleza?

EUGENIO. Ya no la tengo. (Tristemente.)

VICENTE. Sin duda...

EUGENIO. Me la quitaron.

VICENTE. ¿Tu suegra  
tal vez?

EUGENIO. Lo ignoro.

VICENTE. Es extraño.

Y ¿no indagaste?...

EUGENIO. La lengua

ató el miedo. ¡Si supiesen!...

Amor, silencio y cautela;

y esperanza, y esperar

que al fin á mis brazos venga.

VICENTE. Si viene (Indicando con el ademán una careta.)  
y no tienes modo

seguro de conocerla...

EUGENIO. Uno tengo. Es una frase.

(Con misterio.)

VICENTE. Es decir, «el santo y seña.»

¿Y cuál es?

EUGENIO. Lo sabe Dios.

VICENTE. Ya comprendo. Y tú...

EUGENIO. Y ella.

### ESCENA X.

EUGENIO.—VICENTE.—SOFÍA.—DOÑA RAMONA.

Las dos últimas por la derecha segundo término.

VICENTE. Silencio: ahí están. (En voz baja á Eugenio.)

RAMONA. Vicente,

dispénsame si al entrar

no te pude saludar:

se me partía la frente.

(Los personajes están en el orden siguiente de izquierda (del espectador) á derecha; Vicente, Eugenio, Doña Ramona, Sofía.)

VICENTE. Conmigo no hay ceremonia.

Pero está usted ya mejor?

RAMONA. Era nervioso el dolor

y con agua de colonia...

EUGENIO. Se aplacó la pesadumbre?

(En tono de broma.)

RAMONA. (Con intencion.)

Sa aplacó al ménos bastante.

VICENTE. Pues el semblante...

EUGENIO. El semblante

es el mismo de costumbre.

RAMONA. (Ap.) ¡Cómo me mira!

EUGENIO. (Ap.) ¡Qué faz!

(Ap. á Doña Ramona.)

¿Quiere usted hacer las paces?

RAMONA. Tú las haces y deshaces.

EUGENIO. Pues hagámoslas.

(Lo mismo.)

RAMONA. (Dándole la mano.) Y en paz.)

(Vicente y Eugenio vienen á la izquierda: Ramona y Sofía van á la derecha: en uno y otro grupo conversan en voz baja: ellas pueden estar sentadas.)

EUGENIO. Las ves?... Están en consejo! (Á Vicente.)

RAMONA. Míralos: ¡están en junta!

VICENTE. ¿Qué hay de nuevo? (Á Doña Ramona.)

EUGENIO. (Ap.) (¡Qué pregunta!  
Si dijeras qué hay de viejo.)

RAMONA. Tú dirás: yo no sé nada.

VICENTE. Para noticias no valgo.

RAMONA. Ah! pues mira, yo sé algo.  
Han llegado de Granada  
las de Arolas. Conocías  
(Movimiento de Eugenio.)  
á esa familia?

VICENTE. No sé.

Hace tanto que dejé  
mi tierra.

EUGENIO. (¡Por fin!... ¡Las mias!

(Sin poder dominar su gozo y hablando al oído  
á Vicente.)

*La mia*, quise decir,  
mas de las tres no sé cuál.

VICENTE. Pues, y en la duda al plural  
se atiene hasta decidir.)

RAMONA. Aquí estuvo esta mañana...

SOFÍA. (En voz baja y con disgusto.)  
(Muda de conversacion.)

EUGENIO. (¿Una de ellas? Qué ocasion (Aparte.)  
he perdido. No era vana  
mi esperanza! Lo decia:  
yo la siento en el ambiente;  
el corazon nunca miente.)

(Mientras pronuncia los últimos versos, su mu-  
jer se aproxima á él, y de este modo los per-  
sonajes quedan divididos en dos grupos; á la  
izquierda, Eugenio, Sofía; á la derecha Vi-  
cente y Ramona.)

SOFÍA. Eugenio...

EUGENIO. (Ap.) (Pobre Sofía!)  
Me perdonas? No es verdad?

(Ap. é inquieto.)

(Qué sensacion! Qué recuerdo!)

SOFÍA. (Si le pierdo, con él pierdo (Ap.)  
toda mi felicidad.)

RAMONA. (Mírale. Mira qué traza (Bajo á Vicente.)  
de esposo!)

- VICENTE. (¡Qué agitación!  
(Ap. á Ramona.)  
¡Parece un perro pacho  
que está olfateando la caza!)
- EUGENIO. (Ap. y observando afanosamente á Sofía.)  
(Brotaba este mismo aroma  
cuando rozaba atrevida  
una trenza mal prendida  
con su cuello de paloma.)  
(Por último repara en el pañuelo de mano que  
lleva su mujer y se lo quita.)  
Este pañuelo no es tuyo.  
Yo no conozco esta esencia.  
(Aspirándola.)  
(¡Erre!... ¡Rita!... ¡La evidencia!)  
(Observando la marca y aparte.)
- SOFÍA. No es mio: no. (Distráida.)
- EUGENIO. (Luego es suyo. (Ap.)  
Una estuvo esta mañana  
y el pañuelo se olvidó:  
mi mujer lo recogió:  
luego es Rita, cosa llana.)  
(Aparte, sin que le vean, besa apasionadamen-  
te el pañuelo: despues, haciendo mil extre-  
mos lo guarda contra el corazon oprimiéndolo  
fuertemente con ambas manos.)

## ESCENA XI.

SOFÍA.—DOÑA RAMONA.—EUGENIO.—VICENTE.—UN CRIADO.

- CRIADO. Una señora... (Entrando por el fondo.)  
EUGENIO. ¡Su nombre!  
(Precipitándose al encuentro del Criado y con  
ansia.)
- CRIADO. Arolas, dijo.
- EUGENIO. Al momento,  
que pase. (El Criado sale.)
- RAMONA. (¡Qué aturdimiento!) (Ap.)
- SOFÍA. (¿Pero qué tiene este hombre?) (Ap.)



EUGENIO. (La voy á ver. Tengo aquí (Aparte.)  
su pañuelo! Y es su aroma!  
(Lo saca y lo aspira de nuevo.)  
Es ella!)  
(Al oír ruido todos miran hácia la puerta espe-  
rando que entre el nuevo personaje.)

## ESCENA XII.

SOFÍA.—DOÑA RAMONA.—EUGENIO.—VICEN-  
TE.—DOÑA RITA, que es ya muy vieja y un tanto  
ridícula aunque no grotesca.

RAMONA. (Saliendo al encuentro y abrazándola.)  
Rita!

RITA. Ramona!  
(Abrazándola tambien.)

EUGENIO. (Retrocediendo con espanto á la vista de Doña  
Rita.)  
(¡Pero esa es Rita!... Ay de mí!)  
(Sofía saluda á Doña Rita y todos avanzan há-  
cia el proscenio.)  
(No me dijiste poco há  
que el pañuelo no era tuyo.  
(Aparte á su mujer llevándola hácia un lado y  
mostrando el pañuelo.)

SOFÍA. Ese pañuelo?... Si es suyo.

EUGENIO. Pero de quién?

SOFÍA. De mamá.)  
(Mirándole con extrañeza.)

EUGENIO. (Aparte y colérico.)  
(Y yo besaba este andrajo!)  
(*Erre* dice. (Á Sofía.)

SOFÍA. Pues Ramona.

EUGENIO. Pero el aroma?

SOFÍA. El aroma... (Vacilando.)

EUGENIO. Y bien?

SOFÍA. Ventura lo trajo.)

VICENTE. (Averiado está tu ideal.)  
(Al oído á Eugenio en tono zumbón.)

RAMONA. Ven.

(Da algunos pasos hácia Eugenio llevando á Rita.)

Te presento mi yerno.

RITA. ¿El que estaba?...

(Acercándose mucho á él.)

EUGENIO. (Ap.) ¡En el averno!

Señora... (Alto.)

RITA. Y vamos ¿qué tal?

EUGENIO. Tan fuerte!... (Por Belcebú.)

(Esto último aparte.)

Y tan grueso!... (Por Luzbel! (Lo mismo.)

¡Carguen contigo y con él  
si el ideal es como tú!

(Los personajes en el orden siguiente de izquierda á derecha: VICENTE un poco separado y sin poder contener la risa; EUGENIO muy cerca de él, y mirándole con algo de estúpida curiosidad DOÑA RITA; al lado de ésta DOÑA RAMONA; y á la derecha y observando á su marido con curiosidad SOFÍA.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion del acto anterior.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA, sentadas junto al  
velador.

RITA. Gracias á Dios que concluimos  
de almorzar y estamos solas.  
Los chicos y ese señor  
de sobremesa, y nosotras  
á charlar. Cuánto deseaba  
verte. Tú siempre tan moza!  
Pero no me atiendes? Oye,  
en qué piensas? Eh, Ramona!...

RAMONA. (Como distraida.)  
Pues Eugenio estuvo alegre:  
¿verdad?

RITA. Si pareces boba!  
Á sus años, y teniendo  
mujer bella y cariñosa,  
al alcance de sus ojos,  
y al «ven acá» de su boca,  
¿cómo quieres tú que esté?  
hecho un turrón de Jijona.  
La tristeza, el desencanto,

esas fatídicas sombras  
que sobre arrugada frente  
ó sobre cabeza monda  
proyecta la Funeraria  
cuando á lo léjos asoma,  
en estos tiempos que corren  
se quedan para nosotras.

RAMONA. No vengas lúgubre, Rita,  
que hartas penas me acongojan,  
para que pongas al cuadro  
requien, cruz y negras orlas.

RITA. Pues si penas tienes tú,  
que en Madrid vives oronda,  
y en vez de perder una hija,  
ley natural de las bodas,  
te encuentras con dos, *él y ella*,  
sin contar con otros y otras,  
que andando el tiempo vendrán  
bajo las menudas formas  
de rorro fuerte y tragon,  
ó de rubilla llorona,  
qué diré yo que me quedo  
casi vieja y casi sola.

RAMONA. ¿Con que Laura?...

RITA. Sí, querida,  
lo mandó quien no revoca  
decreto que una vez da:  
mi hermano ¡la gran persona!

RAMONA. Ya ves: es su padre.

RITA. Claro:  
mientras fué niña enojosa,  
y tuvo amas, sarampion,  
y la muela que no brota,  
y el médico, que fatídico  
anuncia que no se logra,  
buena fué entónces la tia  
para andar como peonza,  
de la muñeca al cuidado  
doce años hora tras hora.  
Y hoy, que de aquella crisálida  
brotó gentil mariposa,  
que roba al cielo sus luces,

y á las flores sus aromas;  
hoy que es Laura maravilla  
con que su poder pregona  
el Dios que la hizo tan buena  
y que la hizo tan hermosa;  
desde la Habana al papá  
reclamarla se le antoja.  
Y así á mi Laura me quitan,  
y Rita se queda sola,  
que es su hermano hombre de peso,  
varon justo y gran persona.

RAMONA.

Y cuándo?

RITA.

(Dando un suspiro.)

Cuándo? Mañana,  
que el asunto no es de broma.  
Una familia la lleva  
á Santander: se la endosa  
á otra familia: la meten  
en un vapor: boga y boga,  
y entre la niña que gime  
y tia Rita que llora,  
cada vez mayor espacio,  
más cielo, más mar, más olas.

(Lloriqueando.)

RAMONA.

Á veces está más léjos  
la que parece más próxima;  
y más separan las penas  
que el Atlántico y sus ondas;  
y encierra más amargura  
una lágrima, una sola,  
que contienen en un seno  
del mar las aguas verdosas.  
Que al mar su propia amargura  
ni le amarga, ni le importa,  
y el alma sabe sus penas,  
y le amargan y las llora.

RITA.

Qué es eso? Qué cosas dices?  
¿Lúgubre tambien, Ramona?  
¿No son felices acaso!

RAMONA.

No lo son ya.

RITA.

Toma, toma:  
y yo que pensé... Pues él

:

- parece buena persona.  
Y ella fué siempre... ¿verdad?
- RAMONA. Mi Sofía? Una paloma  
sin hiel.
- RITA. Y tú para suegra,  
aunque eres un poco posma,  
y aunque tu genio fué siempre  
de lo más malo...
- RAMONA. Perdona,  
que en el colegio eras tú  
la más alborotadora.
- RITA. Pero tú la más feroz.  
¡No me tiraste una copa  
á la cabeza! Pues mira,  
la cicatriz aún asoma;  
de manera que por tí,  
durante mi vida toda,  
tuve que ponerme el pelo  
de cortinillas en forma,  
el chirlo para cubrir  
que me hizo doña Ramona.  
Fué de amiga el regalito.
- RAMONA. Cosas de chica.
- RITA. Sí, cosas  
de chica, mas no fué chica  
la de mi cabeza rota,  
ni á las chicas de quince años  
agrada emular la gloria  
de los soldados, luciendo  
sobre la piel bandas rojas.  
(Ya un poco alterada.)  
Quién sabe? Quizá por tí  
me he quedado solterona.
- RAMONA. (En tono agresivo.)  
Te has quedado como estás,  
porque siempre fuiste sosa,  
y para los hombres nunca  
tuviste gracia ni gota.
- RITA. (Completamente alterada.)  
Dí tú, que no fuí coqueta,  
y que no tuve tramoya,  
como muchas que tú y yo

- conocemos ya de sobra.
- RAMONA. (En tono de amenaza.)  
Cita alguna.
- RITA. Para qué?
- RAMONA. Para que yo haga memoria.  
No temas.
- RITA. (Con risa forzada.) Temer? Da risa.  
No hay aquí ninguna copa.
- RAMONA. Pero hay cabezas y basta.  
Entiendes, Rita!
- RITA. ¡Ramona,  
(Las dos se ponen en pié. Á Doña Rita le da un violento ataque de tos y se deja caer en el sofá. Se sienta á su lado Ramona.)  
¿Qué tienes? (En tono tranquilo.)
- RAMONA. Maldita tos.
- RITA. (Sacando una caja y ofreciéndosela.)  
Quieres pastillas de goma?  
Gracias: las he usado mucho;  
pero las que tomo ahora (Saca otra caja.)  
son de *liquen*, con un poco...  
con un poco... vamos... otra...  
de opio...  
(Tosiendo sin cesar; al fin se calma un poco.)  
que me hacen dormir  
lo mismo que una señora.
- RAMONA. Pasó ya?
- RITA. Ya va pasando.  
Y hablaba... ¿de qué?
- RAMONA. De historia  
antigua.
- RITA. Sí: ya recuerdo:  
y la sangre setentona  
se enardecía, y tornábamos  
á aquella edad, ya remota,  
en que á cachetina limpia  
todos los asuntos de honra  
se zanjaban del colegio  
bajo las augustas bóvedas.  
Pero eso fué un episodio:  
hablábamos de otra cosa.  
(Procurando recordar.)

- RAMONA. De Laura.  
RITA. No: fué despues.  
De tu yerno. (Con alegría.)  
RAMONA. Gran persona!  
como dices de tu hermano.  
RITA. Pero dí, ¿no hace dichosa  
á Sofía?  
RAMONA. Qué ha de hacer?  
RITA. Ya. Tiene alguna?...  
RAMONA. Hasta ahora  
que yo sepa, no.  
RITA. ¿Pues cómo?...  
RAMONA. Pues ahí verás.  
RITA. Ver? ni gota.  
Pero tú, ¿no has descubierto?...  
RAMONA. Nada.  
RITA. ¡Qué bobalicona!  
Yo en tu caso ya sabría  
á qué á tenerme. Me asombra  
tu abandono y tu torpeza.  
RAMONA. Y ¿cómo?  
RITA. Como hacen todas.  
De Dios la inmensa bondad  
¿con qué objeto nos dió próvida,  
ojos que ven cuando miran;  
oidos que oyen, si se apoyan  
contra una puerta cerrada;  
y dos manos, que entre notas,  
y papeles de negocios,  
saben buscar codiciosas  
esquelitas, guardapelos,  
retratos, cintas, aromas  
del pañuelo que trascienden  
á casa ajena, no propia?  
Pues si esto es el A, B, C,  
y por tus años, Ramona,  
si no has llegado á la Z  
al ménos está muy próxima.  
Yo te ayudaré, querida,  
y entre las dos...  
(Siguen hablando en voz baja.)



ESCENA II.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—EUGENIO.—  
VICENTE.—Los dos últimos por el fondo.

- EUGENIO. (Á Vicente señalando á las dos.)  
Brava tropa!  
Nos contemplan veinte siglos  
desde lo alto de esas tocas.
- VICENTE. No llevan tocas.
- EUGENIO. Debieran  
llevarlas, que es lo que importa.
- RAMONA. Silencio, que vienen ellos.
- RITA. ¡Una intriga! me siento otra.  
(Todos los personajes quedan en primer término: las dos mujeres sentadas á la derecha, los dos hombres en pie á la izquierda.)
- RAMONA. ¿Qué has hecho de tu mujer? (Á Eugenio.)
- EUGENIO. Mi mujer se fué al jardín,  
y éste y yo... pues... con el fin  
de tratar y resolver  
un asunto grave... ¿estamos?  
vinimos aquí.
- VICENTE. Es verdad.
- RITA. Pues hablen con libertad,  
porque nosotras nos vamos.
- EUGENIO. No estorban.
- RITA. Quiero el estudio  
ver del gran pintor!
- EUGENIO. Señora...
- RITA. (Ap. á Ramona.)  
(Comenzaremos desde ahora  
á observarles, y es preludeo  
del plan que hemos de seguir.)
- EUGENIO. (Pasando á la derecha, primer término, abriendo de par en par las puertas é invitándola á pasar.)  
Ya tiene dueña... y mamá  
mis cuadros le explicará.
- RITA. Á más ver. (Á Eugenio.)

Y á más oír. (Á Ramona.)

(Llegan á la puerta, y entre sus cortinajes se detienen un momento. Eugenio saluda y vuelve á unirse á Vicente.)

RITA. (¡Ojo avizor!) (Á Ramona en voz baja.)  
¡La pintura!...

(Á Ramona en voz alta y como si ponderase su afición.)

(Dejemos la puerta abierta.) (En voz baja.)

RAMONA. (¿Y si nos cierran la puerta?) (Lo mismo.)

RITA. (Nos queda la cerradura.)

(Salen ambas por la derecha primer término.)

### ESCENA III.

EUGENIO.—VICENTE.

VICENTE. ¿Así dejas que se aleje  
la que há poco era tu ideal?

EUGENIO. No es mi ideal, pero es igual,  
que en cierto modo es el eje  
alrededor del que gira  
el *mundo* de mi ilusión,  
la *prenda* del corazón,  
la *musa*, en fin, que me inspira.

VICENTE. Como *musa* nada digo,  
y como *prenda* tampoco,  
pero como *mundo* es loco,  
ó de algun gran enemigo  
tomó torcidos consejos,  
si se ha empeñado en girar  
alrededor de ese par  
de *polos*, que son muy viejos.

EUGENIO. Es inútil tu porfía,  
y es inútil que me arguyas:  
tus frases son como tuyas,  
mi esperanza como mia.

VICENTE. Y ¿se sabe ya quién es?...

EUGENIO. ¿Pues ántes no te lo dije?  
Ventura. Bien se colije...

VICENTE. Sí, ya recuerdo.

EUGENIO. Ya ves:

son tres: de las tres es una:  
con Rita ya no contemos:  
conque tenemos...

VICENTE. Tenemos  
que no tenemos ninguna  
hasta la presente fecha,  
desachando aquella facha  
que se metió en tu covacha  
haciéndonos la deshecha.

EUGENIO. Quedan dos.

VICENTE. Que no conoces.

EUGENIO. Pero sé que una es la mía.

VICENTE. Tuya? La tuya es Sofía.

EUGENIO. No me hostigues: no te goces  
en mi tormento. Vicente.  
Ventura! sólo Ventura!  
su celestial hermosura...  
que no he visto.

VICENTE. Estás demente.

EUGENIO. Mi mujer misma me dijo  
que el aroma del pañuelo,  
aquella esencia del cielo  
que no usa nadie de fijo  
más que el ángel de mi amor,  
de Ventura la tenía.

VICENTE. De Ventura ó de su tía.

(Al decir «de su tía» se vuelve un poco á la  
derecha.)

Miran hácia aquí.

EUGENIO. ¡Qué horror!

Finjamos que discutimos  
y al mismo tiempo paseemos.

VICENTE. Conque tenemos... (En voz alta.)

EUGENIO. Tenemos

que de este modo tuvimos...

(Mientras pronuncian los últimos versos han  
llegado á la derecha, vuelven y se alejan  
hácia la izquierda.)

ESCENA IV.

EUGENIO.—VICENTE.—DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA; estas dos últimas ocultas tras el cortinaje de la puerta del estudio. De cuando en cuando se asoman, luego se retiran.

EUGENIO. Es decir que tuve yo  
la evidencia de que es ella;  
¡mi vida! ¡mi sol! ¡mi estrella!

RITA. Oyes lo que dicen?

RAMONA. No:

EUGENIO. La siento cerca de mí:  
muchas veces al volver  
pienso que la voy á ver...

VICENTE. Como que te espera allí.

(Señalando hácia Doña Ramona.)

(Mientras pronuncian los últimos versos llegan al extremo izquierdo, y al volverse ven la cabeza de Ramona, que se retira rápidamente.)

EUGENIO. Escuchando la maldita!  
¿Pero ves cómo me acosa?

VICENTE. Y te dijo Carrascosa?...

(En voz alta acercándose á la derecha.)

EUGENIO. Que ya no lo necesita.

VICENTE. De manera que mañana  
tú me mandas el talon.

EUGENIO. Y á la primera ocasion...

(Al llegar á este punto ya han dado la vuelta y se van alejando del estudio: Ramona y Rita sacan la cabeza y procuran oír.)

que se asome á la ventana (Bajando la voz.)

la mamá de mi conjunta,  
por los cuernos de Luzbel  
que le echo al cuello un cordel  
y me cuelgo á la otra punta.

(Se detiene casi al extremo izquierdo de espaldas á la puerta en que están las mujeres. Despues vuelven y siguen hácia la derecha.)

VICENTE. Nos acechan sin rebozo.

(Mirando de soslayo.)

RITA. Por qué no hablarán más alto?

EUGENIO. Pues si me apuran yo salto.

RITA. Y tu yerno es un buen mozo.

EUGENIO. Ni en mí gobierna el sentido,  
ni de mi razon soy dueño;  
sueño siempre el mismo sueño  
que esté despierto ó dormido.

RITA. Oye, al capitán Fajardo  
me recuerda: sí señor;  
pero aquel era aún mejor  
más robusto y más gallardo.

(Llegan al extremo de la derecha y vuelven  
lentamente hácia la izquierda.)

EUGENIO. Tener delante de mí  
las promesas de lo ideal:  
una vision celestial,  
que no he visto y siempre ví.  
Sentir caduco á mi espalda  
lo pasado ya deshecho.  
Tomar aire para el pecho:  
correr, la flotante falda  
ya del ángel que me guía  
alcanzar: ir á cogerla,  
y tenerla y no tenerla,  
y ser mia y no ser mia:  
y al pensar que lo es, sentir  
un nuevo modo de ser:  
y al no serlo enloquecer,  
¡que es mucho más que morir!

VICENTE. Y así correr por el mundo:  
y como el mundo es redondo,  
sobre el alto, sobre el hondo  
monte erguido y mar profundo,  
marchando siempre de frente,  
al cabo la vuelta dar,

(Le coge riendo y le obliga á volver, pero sin  
mirar aún á la derecha.)

para volverte á encontrar,  
no al ángel resplandeciente,  
ni á su fantástica falda,  
sino á un pedazo de estuco:

¡aquel pasado caduco  
que te dejaste á la espalda!

(Le señala hácia la puerta del estudio, y ven  
las cabezas de Rita y Ramona que están ten-  
didas hácia ellos escuchando con ansia: las  
mujeres dan un pequeño grito y se retiran.)

¿Y qué se hace?

(Riendo y cruzándose de brazos.)

EUGENIO. Qué? al abismo  
se le arroja, ó se le entierra  
y su sepulcro se cierra.

(Va resueltamente y cierra la puerta del es-  
tudio.)

VICENTE. Ó la puerta, que es lo mismo.

## ESCENA V.

EUGENIO.—VICENTE.

EUGENIO. El juicio, por más que lucho  
me apuran y la paciencia.  
Tú lo estás viendo.

VICENTE. En conciencia  
juicio no te queda mucho.  
Tienes la dicha á fe mia,  
dentro de tu misma casa,  
y pareciéndote eseasa,  
y desdeñando á Sofía,  
y rompiendo el santo nudo,  
corres en pos de un fantasma...  
¡y esto es lo que á mí me pasma:  
lo *incorpóreo*! ¿cómo pudo  
levantarte así de cascos  
ese ser... *insustancial*?  
Mira que esto del ideal  
á veces da grandes chascos.

EUGENIO. ¿Á mí?

VICENTE. Pues claro.

EUGENIO. Pues no.

VICENTE. Por qué?

EUGENIO. Porque no ha de ser.

VICENTE. Pero ¿existe esa mujer?

EUGENIO. Si existe?

VICENTE. Sí.

EUGENIO. Como yo.

VICENTE. Acepto su realidad.

Pero ¿es buena?

EUGENIO. ¿Mi Ventura?

Aplacó mi calentura  
y venció á mi enfermedad.

VICENTE. Y ¿te quiere?

EUGENIO. Va á venir.

VICENTE. ¿Quién lo dice?

EUGENIO. Lo ha anunciado.

(Señalando á la puerta del estudio como refiriéndose á Ramona.)

VICENTE. Mal anuncia ese pasado  
venturas del porvenir.

¿Será tonta?

EUGENIO. No te escucho.

VICENTE. (Pero qué necedad ladro: (Ap )

¿cómo si alabó su cuadro  
negarle talento y mucho!)

¿Pocos años? (En voz alta.)

EUGENIO. Para mí

uno no más en rigor.

VICENTE. ¡Pero entónces, pecador,  
es muy niña para tí!

EUGENIO. Somos de la misma edad;  
nací al verla, y moriré  
cuando me falte su fe  
ó me falte su piedad.

VICENTE. Conque jóven: doce meses.

Discreta: segun tú dices.

Una virtud, sin deslices;  
y caritativa á veces.

Y ademas quieres que crea  
que es mujer de carne y hueso;  
pues ó yo he perdido el seso  
ó esa mujer es muy fea.

EUGENIO. Conque ¿fea?

VICENTE. Es mi opinion.

Pero no es tan solo mia:  
no ves que si no sería

- realidad la perfeccion.
- EUGENIO. Pues vas á ver. (Sacando un retrato.)
- VICENTE. ¿Su retrato?
- EUGENIO. Lo copié de la pulsera.
- VICENTE. Pero ¿como era?
- EUGENIO. Como era.
- VICENTE. Pues déjeme verlo un rato.  
(Extiende la mano para cogerlo, pero Eugenio lo retira.)
- EUGENIO. No eres digno.
- VICENTE. No lo soy;  
mas como indigno lo miro,  
que á otra cosa yo no aspiro,  
ni á más perfecciones voy,  
que á mirarlo tal cual es,  
siendo yo el que siempre fui,  
conque da el retrato aquí  
que ya hablaremos despues.
- EUGENIO. (Con el retrato en la mano.)  
¡Vas á cegar! La lumbre de sus ojos,  
cual la lumbre del sol radiante y pura,  
abrasa, cuando miran con ternura,  
y mata, cuando miran con enojos.  
¡Vas á cegar! Los resplandores rojos  
del astro rey en la celeste altura  
parecen, contemplando á mi Ventura,  
de triste noche fúnebres despojos.  
No hay luz ante su luz: es sin segundo  
el rayo aquel, que hasta en la eterna calma  
de la muerte, mostrárase fecundo;  
¿ni cómo puede disputar la palma  
la luz de un sol porque ilumina un mundo  
á la luz de otro sol que alumbra un alma?
- VICENTE. Bien está: cegué á su luz:  
y visto que ya he cegado  
acaba de ser pesado.  
y no me tengas en cruz.



ESCENA VI.

EUGENIO.—VICENTE.—DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—Las dos últimas abren con precaucion la puerta del estudio, entran y avanzan lentamente segun el diálogo lo indica.

- EUGENIO. ¡Y dice en cruz! En cruz estar debiera ante la dulce imagen de Ventura.
- RITA. ¡Qué estrecha y qué maldita cerradura! ni se oye, ni se ve. Vamos afuera.
- EUGENIO. De sus ojos te hablé; pero qué fuera hacerte de sus labios la pintura!
- VICENTE. Fuera dar de remate en la locura y no acabar jamás de esta manera.
- RITA. Algo tiene en la mano que hace rato procuro divisar, y ten por cierto que en ello estriba todo su arrebató.
- EUGENIO. Pues mira de una vez; pero te advierto que al contemplar no más que su retrato, mueres si vives, y vives si estás muerto, (Le enseña el retrato sin soltarlo de la mano: las dos mujeres se acercan por la espalda.)
- VICENTE: Peregrina perfeccion!  
mujer bella sin rival!  
si no es que diste á tu ideal  
la luz de la inspiracion.  
(Eugenio retira el retrato: Vicente insiste en apoderarse de él.)  
Dame otra vez: quiero verla.
- EUGENIO. Yo era un loco: somos dos.
- VICENTE. Y fueran ciento ¡por Dios!  
que tu ideal es una perla.
- EUGENIO. Mira bien, que no la has visto.  
(Le dice esto sin mostrarle todavía el retrato y como huyendo un tanto de él, de suerte que entre ambos quede el hueco de dos personas Ramona y Rita llegan á ellos, y se colocan entre ambos, pero á la espalda todavía, procurando ver.)
- VICENTE. Pues voy á darme una hantura.

EUGENIO. Pues hártate de hermosura.

(En el momento de ir Eugenio con el retrato en en la mano á enseñárselo de nuevo á Vicente, las dos mujeres avanzan y quedan entre ambos, encontrándose de cara Eugenio con su suegra y Vicente con Doña Rita. Uno y otro retroceden dando sendos gritos de horror.)

VICENTE. ¡Virgen santa!

EUGENIO. ¡Jesucristo!

(Pequeña pausa. Despues Eugenio y Vicente rien con risa forzada: las dos mujeres con risa burlona.)

VICENTE. ¡Qué gracioso!

EUGENIO. ¡Qué gracioso!

RAMONA. No me sentiste venir? (Á Eugenio.)

EUGENIO. ¡Qué la había de sentir! (Riendo.)

Y como soy tan nervioso...

¡Que me ha dado usted un susto!...

¡un susto!... de irme á la cama.

(Da una vuelta rápidamente y pretende irse por la izquierda, pero Doña Ramona le sujeta por el brazo y le trae al primer término otra vez.)

RAMONA. (Á Eugenio.)

¿Conque es tan bella la dama?

EUGENIO. (Señalando á Vicente.)

Ese tiene muy buen gusto.

(Al oido á Ramona.)

Y ademas ¡unos enredos!

RAMONA. Vamos á ver...

(Le coge la mano á Eugenio y quiere apoderarse del retrato, pero él no lo suelta.)

¡Si es forzoso!

(Con ira contenida y fingiendo broma.)

EUGENIO. Como yo soy tan nervioso se me agarrotan los dedos.

RAMONA. Vamos, Eugenio! (Con seriedad.)

EUGENIO. (Siempre en tono ligero y en voz alta.)

Señora,

(Señalando á Vicente.)

él á mí me lo ha entregado:

es depósito sagrado,

se lo devuelvo.

(Se dirige á Vicente y le entrega el retrato.)

Y ahora

lo que es por mí no hay tropiezo:

si él quiere no hay más que hablar.

(En voz baja á Vicente retorciendo el pañuelo.)

(Si lo llegas á enseñar

hago así con tu pescuezo.)

Y porque ustedes no crean

que influyo en su decision,

aprovecho la ocasion

ya que tanto lo desean;

y como cierto erudito,

no sé cuándo, ni sé cómo,

dijo con notable aplomo

de palabra ó por escrito,

«dejo á ustedes con sus dudas,

»y termino y hago punto,

»y lo que es en este asunto

»lavo manos como Judas.» (1)

(Sale por la derecha, primer término.)

## ESCENA VII.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—VICENTE.

VICENTE. Está bien: se va tan fresco,  
y me abandona á las viejas.  
¿Qué les digo, si me piden  
el retrato, y si se empeñan  
en que han de ver de la ninfa  
los encantos y bellezas?

RAMONA. (Mirando hácia la puerta por donde salió Eugenio.)  
¡Qué uraño!

RITA. (Lo mismo.) ¡Qué adusto!

Mucho.

VICENTE.

RAMONA. Para vivir entre fieras  
ha nacido.

VICENTE

Y concluirá

tal vez por morir entre ellas.

RAMONA. (Acercándose á él cariñosamente.)

---

(1) Véase la nota I.

- Por fortuna no eres tú  
como Eugenio.
- RITA. (Lo mismo por el otro lado.) Si lo fuera  
me llevara yo gran chasco.  
(De este modo queda Vicente entre ambas mi-  
rando alternativamente y con terror cómico á  
una y á otra.)
- RAMONA. ¡Vicente! Pues buena es esa:  
era niño y encantaba  
á todos su gentileza.
- VICENTE. Muchas gracias: no merezco...
- RITA. En un jóven la modestia  
es un atractivo más.
- VICENTE. (Ap. y mirando con angustia.)  
(¡Qué léjos está la puerta!)  
Son ustedes muy amables,  
y son ustedes muy buenas.  
Conque pronto volveré...  
(Quiere marcharse dando una rápida vuelta pe-  
ro entre las dos le detienen.)
- RITA. Pero ¿qué es eso?
- RAMONA. ¡Nos dejas  
sin hablar de tus amores?
- VICENTE. La verdad, me da vergüenza.
- RAMONA. Hijo mio! Con nosotras!  
Que hemos olvidado piensa  
esos impulsos dulcísimos  
del alma que se despierta  
en la aurora de la vida  
á gozar de la existencia.  
Aquel no sé qué...
- RITA. (Ap.) (Yo sí.)
- RAMONA. ¿Te acuerdas? (Á Rita.)
- RITA. Pues no!
- VICENTE. (Con asombro cómico.) ¡Se acuerdan!
- RAMONA. Ábrenos tu corazon;  
cuéntanos todas tus penas;  
habla de tus esperanzas  
ó si no de tus tristezas.  
Y por lo pronto, Vicente,  
el retrato nos enseñas.
- VICENTE. (Ap.) (Allí vinimos á parar.)

Señoras, yo bien quisiera;  
pero tengo, así... reparo...  
y cortedad... ¡y si ella  
supiese que yo!... ¡Jesús!  
En fin, que me da vergüenza.

RAMONA. Si yo soy casi tu madre.

RITA. Si yo puedo ser su abuela.

VICENTE. (Aparte.) (Y si yo pudiese ser  
vuestro padrastro lo fuera.)

RAMONA. Cuando niño siempre estaba  
sobre mi falda.

VICENTE. (Aparte.) (¡Qué ciega  
es la infancia!)

RAMONA. Pues tenía  
unas manitas de cera!

¿Ves ahora qué grandes son?

(Señalando á la mano en que tiene el retrato:

Vicente lo pasa á la otra que oculta con su  
propio cuerpo y extiende y mira con fingi-  
da curiosidad la mano que señaló Ramona.)

¡qué nervudas y qué feas!

pues oye, un primor han sido:

unas manos de muñeca.

VICENTE. (Aparte.) (Vamos, que estoy en estudio.)

RAMONA. (Empezando á impacientarse.)

Conque el retrato.

RITA. No sea

tan uraño como el otro.

VICENTE. (Aparte.) (Ser basilisco quisiera.)

RAMONA. Enseña la mano, niño.

VICENTE. (Con tono mimoso.)

La mano!... ¡Me da vergüenza!

RAMONA. (Cambiano completamente de tono y con enojo.)

Te da vergüenza? Pues mira,

acéptala con presteza,

porque te hace mucha falta.

VICENTE. ¡Cómo es eso?

RAMONA. Como suena.

Ese retrato no es tuyo:

es de aquella buena pieza.

Esa ninfa no es tu niufa,

que trisca en otra pradera.

- Tú eres sólo el confidente,  
el consejero, y la lengua  
á otra palabra se va  
y que la sujete es fuerza.
- VICENTE. Pero yo... (Aturdido.)
- RAMONA. Mal corazon!
- VICENTE. Si digo...
- RITA. Mala cabeza!
- RAMONA. ¿Qué te hemos hecho? responde,  
para que de esta manera  
con tus consejos infames  
nos lo cambies y perviertas?
- VICENTE. Poco á poco! que no soy  
lo que usted indica y piensa.  
Ni malos consejos dí...
- RAMONA. (Á Rita.) Pues no le ves, cómo niega?
- VICENTE. Y negaré más que Pedro!
- RITA. ¿Qué Pedro?
- VICENTE. Pues no se acuerda?  
Aquel que negó tres.
- RITA. Ya, ya.
- VICENTE. (Aparte.) (De tu tiempo era.)
- RAMONA. En fin, que tú le corrompes  
porque eres...
- VICENTE. Cuida la lengua.
- RAMONA. Un mal hombre, un mal sujeto!
- VICENTE. Que no lo soy.
- RAMONA. Y un tronera!
- VICENTE. Vive Dios!
- RAMONA. Para castigo  
de gente de tu ralea.  
Pues qué le estabas diciendo  
hace poco? Vaya, inventa.
- VICENTE. Le estaba diciendo...
- RAMONA. Sigue.
- VICENTE. Tu conducta es muy perversa:  
no merece tu mujer  
que por otra...
- RAMONA y RITA. (Con alegría.) ¡Ya confiesa!
- VICENTE. Pues es cierto! ¡Qué demonio!
- RITA. Ya lo ves, salió la prueba  
como yo te lo anunciaba.

- RAMONA. Has hablado.  
VICENTE. Y no me pesa.  
Aquel es un loco.
- RAMONA. Ahora  
dijiste la gran sentencia.  
VICENTE. Y debemos entre todos  
volverlo á la línea recta.  
RAMONA. Este chico ha sido siempre...  
RITA. Un buen chico.  
VICENTE. Madre, abuela,  
dejémonos de arrumacos  
y á lo que nos interesa.  
RAMONA. Tiene una querida?  
VICENTE. Sí.  
(Ramona y Rita le miran como diciendo: «si  
era preciso.»)  
Es decir, quiere á una hembra  
que no es su mujer.
- RAMONA. ¿Se llama?...  
VICENTE. Ventura por esta fecha.  
Quizá dentro de muy poco,  
porque á Eugenio le convenga  
cambie de nombre lo mismo  
que cambia piel la culebra.  
RAMONA. Dónde la ve?  
VICENTE. No la ve  
más que en la region etérea.  
RAMONA. No lo entiendo: ¿y tú? (Á Rita.)  
RITA. Tampoco.  
VICENTE. Ni yo; ni él; ni nadie. Créan  
que es una historia. Oiganme.  
Hace un año, en una fiesta,  
ó baile del Teatro Real,  
un dominó, con careta  
por supuesto, le inflamó  
de modo tal y manera,  
que desde aquel punto mismo  
ni descansa ni sosiega:  
y despierto se la finge,  
y dormido se la sueña.  
(Mientras habla Vicente, Ramona y Rita se  
miran con asombro y con señales de inteli-

- gencia mútua.)  
 RAMONA. Nunca la vió?  
 VICENTE. Su retrato  
                                     que es este, de una pulsera  
                                     ha copiado.  
 RAMONA. (Á Rita.) ¿Estás oyendo?  
 RITA. ¿Pero qué dice?  
 VICENTE. Y se empeña  
                                     en que su sueño veló  
                                     cuando estuvo enfermo.  
 RAMONA. Esa  
                                     es la historia...  
 RITA. Cabalito.  
 RAMONA. Qué bueno! qué bueno fuera!  
                                     Vamos á ver...  
                                     (Acercándose las dos para ver el retrato.)  
 VICENTE. Aquí está  
                                     del ideal la imágen bella,  
                                     que es como quien dice el cuerpo  
                                     del delito, aunque no sea  
                                     cuerpo corpóreo, si hablar  
                                     de este modo...  
 RAMONA. Venga!  
 RITA. Venga!  
                                     (Miran el retrato con afan una y otra vez, y siem-  
                                     pre con grandes demostraciones de asombro.)  
                                     ¿Pero estás viendo, Ramona?  
 RAMONA. ¡Jesús, Rita!  
 RITA. ¿Qué ocurrencia!  
 RAMONA. Y él presume?...  
 RITA. Pobre chico!  
 RAMONA. Déjale, que ya le espera...  
 VICENTE. Conque ustedes saben?...  
 RAMONA. Todo.  
 VICENTE. Y conocen?...  
 RAMONA. Buena es esa! (Riendo.)  
                                     Dice si nosotras?...  
 RITA. (Riendo tambien.) Chito!...  
 RAMONA. (Á Vicente.) Tú, muchísima reserva;  
                                     no cuentes ni una palabra.  
 VICENTE. No es fácil.  
 RAMONA. Ves? Aquí llega



Sofía: entreténla un rato.  
Ven, Rita; tengo una idea.

RITA. Yo tengo otra.

VICENTE. Ya son dos.

Yo no tengo la tercera.  
Pero en guardia, que es difícil  
engañarle. Tiene seña  
y santo, como quien dice,  
y lo dije en vice versa.

RAMONA. Es una frase?

VICENTE. Cabal.

RITA. Y ¿la saben?...

VICENTE. Él y ella:  
y no más.

RAMONA. Y todo aquel  
que la supo ó la sorprenda.  
Gracias, Vicente, jamás  
olvidaré la acción esta.  
Me has quitado un peso!...

VICENTE. Pues,  
el peso á mí no me pesa.

(Las dos mujeres se dirigen al fondo.)

RAMONA. (Nosotras... (Habla al oído á Rita.)

RITA. Pensé lo mismo.

RAMONA. Y él entonces... (Como ántes.)

RITA. (Al oído á Ramona.) Justo, y ella...)

Estas cosas me dan vida: (Alto.)  
me rejuvenecen: ¡ea,  
que me han quitado diez años!

VICENTE. (Pues buena falta la resta  
te iba haciendo.)

RAMONA. (Á Vicente.) Y tú, silencio.

RITA. Chítón!

RAMONA. ¡Cuidado!

RITA. ¡Prudencia!

(Salen por el fondo.)

VICENTE. Yo me quedo como estaba:  
¡señor, qué tramoya esta?

ESCENA VIII.

SOFÍA.—VICENTE.—Aquella entra por la derecha  
segundo término.

SOFÍA. Eres tú, Vicente? (Con cierta distraccion.)

VICENTE. Sí.

SOFÍA. Y mi madre?

VICENTE. Fué con Rita.

(Sofía se deja caer con abandono en la butaca  
de la izquierda y queda pensativa y triste.)

Estás malita? (Acercándose con interés.)

SOFÍA. Malita?

No por cierto.

VICENTE. Pensé.

SOFÍA. Dí...

Pero no: no digas nada.

(Este será como aquel (Ap.)

y tendrá ya su papel.

Son lobos de una camada.)

VICENTE. ¿Qué tal sienta el matrimonio?

Estás muy interesante,

con tu pálido semblante,

y tus ojos... (¡Qué demonio! (Ap.)

Ese Eugenio es un habieca.)

SOFÍA. No te cases.

(Volviendo por primera vez la cabeza hácia él.)

VICENTE. Segun eso,

el consorcio es un gran peso.

SOFÍA. Muy grande. Y una jaqueca.

No, primo, no hay salvacion,

trae consigo el santo yugo,

una víctima, un verdugo,

y al fin... una ejecucion.

VICENTE. Mil gracias, primita bella,

ese interés que por mí...

SOFÍA. Si no lo digo por tí.

VICENTE. ¿Pues por quién? (Alarmado.)

SOFÍA. Por quién? Por ella.

VICENTE. Supones?...

- SOFÍA. No hay más que ver.
- VICENTE. ¿Que yo el verdugo sería?
- SOFÍA. Pues claro. Pobre hija mía:  
¡qué lástima de mujer!
- VICENTE. (Ap.) (Aquellas me llaman trueno  
y esta me llama verdugo:  
vamos que yo me atarugo,  
que yo no me siento bueno.  
Ese hombre loco y audaz,  
de cabeza hueca y vana,  
con su conducta liviana,  
con su carácter procaz  
en que no hay freno ni tasa,  
sin saber cómo ni cuándo,  
está desacreditando  
á mi sexo en esta casa.)  
(En voz alta.) Pues yo, primita, te digo  
que puedo justificarme.
- SOFÍA. Para qué? No he de casarme  
ni ahora ni nunca contigo.
- VICENTE. Es que yo tengo mi genio,  
y en las cuestiones de honor...
- SOFÍA. ¿Quieres hacerme un favor?  
Decirle que venga á Eugenio.
- VICENTE. Con mucho gusto. Pero ántes  
quisiera con energía  
rechazar, primita mía,  
ciertas palabras picantes.
- SOFÍA. Á qué fin? No hago memoria.  
(Movimiento de Vicente.)  
Me arrepiento, me desdigo.  
Tu mujer tendrá contigo  
un compendio de la gloria.  
Quieres ir? (Con impaciencia.)
- VICENTE. (Ap.) (Hay tempestad.)
- SOFÍA. Vamos, me traes á mi esposo?
- VICENTE. (Ap.) (Y qué rostro tan hermoso!)
- SOFÍA. Iré yo. (Levantándose.)
- VICENTE. Ten la bondad...  
(La obliga á que se siente.)
- SOFÍA. Pues pronto... ¡qué pesadez!
- EUGENIO. (Ap.) (De él me vengo de este modo.)

(En voz alta.) Voy allá.

(Se dirige á la puerta del estudio: en el camino se detiene varias veces para mirar á Sofía.)

(Ap.) (Rompa en él todo el temporal de una vez.)

(Sale por la puerta del estudio.)

## ESCENA IX.

SOFÍA.

Cansada estoy de esperar,  
y estoy harta de sufrir.

Venga el ingrato á decir,  
que ya no me puede amar  
porque adora á otra mujer,  
y yo olvidaré su amor,  
ó me matará el dolor,  
ó me matará el placer.

El placer: ¿por qué motivo  
no ha de serlo el desengaño?

Será un placer muy extraño,  
pero en fin, yo lo concibo.

¡Saber que debo ya odiarle!

¡Y provocar sus enojos!

¡Y morir ante sus ojos!

¡Y muriendo... amarle, amarle! (Llorando.)

Ahí viene: y qué preocupado.

Pensará en otra mujer...

(Se levanta impetuosamente y da unos pasos.)

Ahora no: va á conocer  
el infame que he llorado.

(Se vuelve á sentar, se limpia los ojos, y finge que está haciendo una labor cualquiera.)

## ESCENA X.

SOFÍA.—EUGENIO, entra por la puerta del estudio.

EUGENIO. Deseabas hablarme?

SOFÍA. Yo?

hablarte? No, ciertamente.

EUGENIO. Pues fué á buscarme Vicente.

¿No le has enviado tú?

SOFÍA. No.

EUGENIO. Entónces por qué?... (Con algo de mal humor.)

SOFÍA. Me agravia

que dudes de mí.

EUGENIO. No dudo.

¿Pero él?...

SOFÍA. Confundirse pudo.

Ademas siempre está en babia.

EUGENIO. En eso tienes razon.

SOFÍA. Pues no te lo dije? Claro.

EUGENIO. Noté en él algo muy raro,

entre burla y compasion.

En fin, dejémoslo aquí.

(Se sienta junto al velador de la derecha y se queda pensativo. Pausa.)

(Ap.) (Hoy hace un año: uno justo.)

SOFÍA. (Ap.) (Ya está mi esposo á su gusto:

ya no se ocupa de mí.

Debiera odiar al infiel  
y no lo quiere mi estrella.)

EUGENIO. (No puedo vivir sin *ella*.)

SOFÍA. (No puedo vivir sin *él*.)

EUGENIO. (Si te pudiera encontrar  
Ventura de mi ventura!)

SOFÍA. (Si pudiese su ternura  
por cualquier medio alcanzar!)

(Ambos sentados: ella á la izquierda en la butaca: él á la derecha junto al velador.)

## ESCENA XI.

SOFÍA.—EUGENIO.—UN CRIADO, por el fondo con una carta.

CRIADO. Se puede?

(Pequeña pausa: no le contestan.)

Puedo en rigor  
que no me dicen que espere.

(Da algunos pasos.)

EUGENIO. Quién es? (Sin volverse.)

SOFÍA. (Volviendo la cabeza) Pablo.

- EUGENIO. Y bien ¿qué quiere?  
(El Criado muestra la carta.)
- SOFÍA. ¿Para mí?
- CRiado. (Separándose algo de Sofía y dirigiéndose á Eugenio.)  
Para el señor  
esta carta trajo ahora  
un lacayo ó cosa tal,  
con órden muy especial  
de no darla á la señora.  
(Sofía y Eugenio se levantan á la vez y con violencia.)
- EUGENIO. Venga... venga... (Cogiendo la carta.)
- SOFÍA. Vete, Pablo.
- EUGENIO. Pero ese chico...
- SOFÍA. Que aguardé.  
(Á Pablo despidiéndolo. Éste sale por el fondo.)

## ESCENA XII.

SOFÍA.—EUGENIO.

Ambos en pie: observándose: él con la carta en la mano pero sin abrirla.

- SOFÍA. (Ap.) (Calla, corazón cobarde.)
- EUGENIO. (Ap.) (Cómo me mira: ¡qué diablo!)
- SOFÍA. No lees la carta? Tal vez (En voz alta.)  
será cosa muy urgente.
- EUGENIO. (Ap.) (No me atrevo á alzar la frente.)
- SOFÍA. (Ap.) (Del traidor la palidez.)
- EUGENIO. Cualquier cosa: pedirán  
una limosna: de fijo.
- SOFÍA. ¿Una limosna? Pues hijo,  
si la pide y no la dan,  
por más que su orgullo venza  
ser pudiera, sin ser raro,  
no matarle el desamparo  
y matarle la vergüenza.  
Una limosna pedí  
yo también. (Movimiento de Eugenio.)  
(Con altivez.) Ya no la pido.

- EUGENIO. Sofia...
- SOFÍA. Basta. Querido,  
lee la carta.  
(Se inclina Eugenio en señal de obediencia y  
hace ademán de marcharse. Sofía le detiene  
cogiéndole del brazo.)  
Pero aquí.
- EUGENIO. Si te empeñas...
- SOFÍA. No imagines  
que á robar voy tu secreto.
- EUGENIO. Secreto!...
- SOFÍA. Yo te prometo  
esperar á que termines.  
(La parte muda de esta escena, que es muy  
importante, queda encomendada al talento  
de los actores.)
- EUGENIO. «Si su memoria es leal, (Leyendo.)  
»y del negro dominó  
»se acuerda, que le embromó  
»ha un año en el Teatro Real...»  
(Aparte y con explosión de gozo.)  
(Es ella! es ella! mi bien!  
la que soñó el alma mía!...  
Me está mirando Sofía...) (Conteniéndose.)
- SOFÍA. Pide limosna también?
- EUGENIO. Es tan pobre mi magin,  
y voy aún tan al principio,  
y además hay tanto ripio,  
(Mostrando la carta.)  
que no entiendo...
- SOFÍA. Pues al fin.
- EUGENIO. Para qué? La introducción  
muestra que no es importante:  
la leeré más adelante.
- SOFÍA. Aguardan contestación.  
(Le invita á que siga leyendo: él duda: al fin  
lec.)
- EUGENIO. «Acuda esta noche allí  
»do me vió por vez primera,  
»ó esta la carta la postrera  
»será en que sepa de mí.»
- SOFÍA. Pues te interesó el final.

- EUGENIO. Me interesó?  
SOFÍA. Cosa clara:  
se te conoce en la cara:  
estás fingiendo muy mal.  
Vas de traiciones en pos:  
(Con explosion celosa.)  
me lo dice el alma mia.
- EUGENIO. No me juzgues mal, Sofía.  
SOFÍA. Dame esa carta por Dios.  
(Acercándose á él.)  
Sé que amas á otra mujer!
- EUGENIO. Á otra mujer? Qué locura!  
SOFÍA. Y sé su nombre.  
(Pausa: ambos se miran con ansiedad.)  
Ventura!
- EUGENIO. (Ap.) (¿Cómo ha podido saber?  
Me he metido en un mal paso!)  
SOFÍA. Se ha pronunciado ese nombre  
en mi casa, y no te asombre,  
hoy mismo por un acaso.  
Te observé con atencion,  
y siempre que resonaba  
tu semblante reflejaba  
mal contenida emocion.
- EUGENIO. No sé lo que estás diciendo.  
SOFÍA. Pues yo presumo que sí.  
RAMONA. (Desde fuera.)  
Ventura, ¿tú por aquí?
- EUGENIO. (Sin poder contener un movimiento de gozo.)  
¡Ella al fin!
- SOFÍA. ¿No lo estás viendo?  
(Eugenio se dirige al fondo.)  
Á dónde vas?
- EUGENIO. Déjame,  
que me cansa tu querella.
- SOFÍA. Eugenio!...
- EUGENIO. ¡Vicente, es ella!  
(Á Vicente que sale por la derecha, primer término, y que se aproxima á Eugenio.)
- RAMONA. (Desde dentro.)  
Ven y te presentaré.  
No temas, si estamos solas



con Eugenio y con Vicente.

EUGENIO. (Aparte.) (Mujer, mi alma te presente!)

### ESCENA XIII.

SOFÍA.—EUGENIO.—VICENTE.—DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—VENTURA.

Los tres últimos por el fondo trayendo Ramona á Ventura de la mano.

RAMONA. (Haciendo la presentación á Eugenio.)  
Don Ventura Ruiz de Arolas.  
(Eugenio retrocede como si viese un fantasma:  
Ventura le sigue: todos avanzan hácia el  
proscenio.)

VENTURA. Vaya si hay transformación  
de cuando estaba en el lecho.  
Venga aquí, sobre mi pecho:  
yo soy todo corazón.  
(Abraza estrechamente á Eugenio.)

EUGENIO. Se llama Ventura?

VENTURA. Sí:  
desde el agua bautismal. (Dándole otro abrazo.)

VICENTE. (Á Eugenio en voz baja.)  
(Aprieta bien á tu ideal.)

EUGENIO. (Ap.) (Se burlan todos de mí.  
No es Rita, ni este señor,  
luégo es Laura: no me ofusco.  
Como encuentre á la que busco  
que rian á su sabor.)  
(Dirigiéndose á D. Ventura y tendiéndole la  
mano.)

Don Ventura, ya mi mal  
pasó para no volver...

VENTURA. Bravo! Y dispuesto!...

EUGENIO. Á correr...

(Ap.) (en pos siempre de lo ideal.)

(Ventura y Eugenio en el centro casi abrazándose:  
á la izquierda Sofía, Ramona y Rita:  
á la derecha Vicente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoración de los dos actos anteriores.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—VENTURA.

Los tres aparecen sentados junto al velador: sobre él una luz. Doña Ramona viste completamente de negro: Rita á ratos trabaja en un bordado.

- RAMONA. ¿Os parece bien mi plan?  
VENTURA. Á mí no, que esas tramoyas  
ni son dignas de Sofía,  
ni son dignas de vosotras.  
RAMONA. Sofía nada sabrá,  
y que nada sepa importa;  
que es altiva, que es amante,  
y como amante celosa:  
mujer al fin, y jamás  
aceptaría las sobras  
de un amor, que el desengaño  
le trajese de limosna.  
VENTURA. Esa es la mía: de frente;  
con la verdad en la boca;  
con la lealtad en el pecho;  
nada de sendas tortuosas,

- que esas farsas mujeriles  
no aprovechan y deshonan.
- RITA. Ya lo dijo don Ventura,  
el que jamás se equivoca.
- VENTURA. Ya lo dijo doña Rita,  
la infalible, la doctora.
- RITA. Tú siempre medios brutales.
- VENTURA. Tú siempre intriguillas toscas.
- RITA. Naciste para soldado.
- VENTURA. Tú naciste para monja.
- RAMONA. Nacisteis para vivir  
en paz.
- VENTURA. Pues no se nos logra.
- RAMONA. Vamos á lo que interesa,  
que no tenemos de sobra  
el tiempo.
- VENTURA. Pues adelante.
- RAMONA. (Á Ventura.) Tu papel en esta broma,  
á que das nombre de farsa,  
y yo el de leccion piadosa,  
es en extremo sencillo:  
tener cerrada tu boca.
- VENTURA. Pues no encargues á mi hermana  
el papel, porque lo embrolla.
- RITA. Por esta vez eres tú  
el embrollon, como en todas.  
Tú aconsejaste al hermano  
que á aquellas tierras remotas  
se llevase á mi sobrina,  
á mi hijita, á mi paloma.
- VENTURA. Eso no tiene remedio,  
ya pertenece á la historia.
- RITA. Pensar que mañana mismo...  
Vamos, prosigue, Ramona.
- RAMONA. Mi hija sospecha que Eugenio  
esta noche, y á deshora,  
proyecta ir al Teatro Real,  
donde una cita amorosa  
le han dado; y os dije que  
he sido yo la inventora.  
Yo no pienso acompañarla:  
la causa sabeis de sobra.

- RITA. Rita no puede, que tiene...  
Una jaqueca horrorosa.
- RAMONA. (Á Ventura.) Conque es preciso que tú,  
allá tarde y en persona,  
traigas á Laura; que entreis  
en mi cuarto sin que sombra  
humana os vea, y que luégo  
sin tapadillos y coram  
populo salgais de casa  
y me dejéis á mi sola.  
¿Has comprendido?
- VENTURA. ¡Pues no!  
Sin que me falte una coma.
- RAMONA. Y ¿vas á ser tan amable?...
- VENTURA. Lo fuí siempre y tengo á honra  
seguir siéndolo.
- RITA. De modo  
que lograste la victoria.  
Pues, hija, domesticaste  
á la fiera más indómita!...
- VENTURA. Completamente: mas dime,  
porque lo que es vuestra historia  
algo oscura me parece.
- RITA. Pues es bien clara. Nosotras  
y Laura dimos á Eugenio,  
un año hace, cierta broma  
en el Real, que por lo visto  
le ha trastornado la cholla.
- VENTURA. Eso está bien; pero ¿cuál  
fué la ninfa misteriosa?
- RAMONA. Pues hijo, yo: te lo he dicho.
- VENTURA. ¿De veras? (Mirándola con recelo.)
- RAMONA. Pues no.
- VENTURA. ¿Tú propia?
- RAMONA. ¿No lo crees?
- VENTURA. No digo... pero  
no me pasa de la gola.
- RITA. Pues yo no fuí.
- VENTURA. Lo supongo:  
tus principios... y tus formas  
te ponen muy al abrigo  
de sospechas maliciosas.

Pero aunque hay gran diferencia  
de *tú ver* al de Ramona,  
y aunque decís que ese mozo  
tiene la vista algo corta,  
y aunque sin decirlo, pienso  
que es un cabeza de tórtola,  
aún así, no me persuado...

RAMONA. Vamos, no temas: en prosa.

VENTURA. Digo que no fuiste tú.

RAMONA. ¿Pues quién entónce?

VENTURA. La otra.

RAMONA. ¿Laura?

VENTURA. Pues; y que al mancebo  
no le picó mala mosca;  
y que tiene buen olfato,  
y que ese ideal que le roba  
alma, vida y corazón,  
es un ideal y una gloria.

RAMON A. Que no vale, sin embargo,  
más que Sofía.

VENTURA. Perdona.

RAMONA. Ni yo hubiese permitido...

VENTURA. Ni ella sería tan tonta  
que te pidiese la venia.  
Le habló del arte, y las cosas  
tomaron un tinte... así...  
sentimental, y estas bromas...  
digo que digo...

RAMONA. Que dices  
de la verdad mucho en contra.  
Porque es la verdad, Ventura,  
(Con tono bromista.)  
que yo entre rasos y blondas  
daba aquella noche un chasco  
á la luz como á la sombra.

VENTURA. (Mirándola fijamente.)  
Podrá ser... mas con mi vista  
no hubiera sido, Ramona.  
(Ramona le mira y se echa á reir: se vuelve co-  
mo para hablar con Rita y señala hácia Ven-  
tura. Las dos rien.)

RAMONA. Tú eres un pobre pazguato

que piensas ver y estás ciego.  
Una mujer, como yo  
he sido en mis buenos tiempos...  
¿No nos oyen? (Mirando alrededor.)

BITA.

Nadie.

VENTURA.

Nadie.

RAMONA.

Pues entónces continuemos.  
Decia, que una mujer  
que allá en sus años primeros  
consiguió robar al sol  
de hermosura algun destello,  
aún en su ocaso conserva  
de aquella luz los reflejos.  
Hay líneas tan bien trazadas  
á lo largo de un buen cuerpo,  
que en vistiéndolas de seda  
con cierta maña y esmero,  
ó su pureza recobran,  
ó lo finge por lo ménos.  
Si hay colores que dilatan,  
los hay que achican el cerco,  
y para abreviar cinturas  
no hay como un vestido negro.  
Sombra que se desvanece  
por sus pliegues en el suelo  
y que se eleva gallarda  
hondas haciendo hasta el cuello,  
cual noche que desde el valle  
sube poco á poco al cielo.  
Sombra que baja graciosa  
desde el oscuro cabello  
y que en la negra careta  
termina, su encaje espeso  
sobre la barba rizando,  
cual nube que el firmamento  
manda á la tierra en crespones  
que encajes son de aquel velo.  
Y entre aquella y esta sombra,  
ántes que llegue su encuentro,  
en compendio de un ocaso,  
y en espacio muy estrecho,  
una garganta redonda,

vislumbres de un blanco cuello,  
una barbilla que juega  
al *te veo* y *no te veo*;  
esas últimas reliquias  
de tesoros de otros tiempos,  
que años y penas respetan  
hasta el último momento;  
del cielo de la hermosura  
¡dios! divino y postrero,  
como el que da en el ocaso  
giron de azul,—ya deshecho  
entre *la noche* que sube  
desde el valle hasta los cielos,  
y *la noche* que desprende  
desde arriba el firmamento,—  
á *un sol* que de las tinieblas  
hundióse en los anchos senos.

VENTURA. (Ha seguido la tirada poética de Ramona con interés y prorumpe en una exclamacion de sorpresa.)

¡Prima Ramona, tú has sido!

Ahora sí: ahora te creo.

Oye, ponte la careta.

(Coge una careta negra que hay sobre el velador y le obliga á ponérsela. De este modo resulta Ramona, con su vestido negro, su pelo oscuro, la careta y su garganta blanca y desnuda, como siendo la reproduccion exacta de su propia descripción.)

Pues tienes razon! Es cierto!

Y cómo brillan tus ojos

por esos dos agujeros!

Estás así muy hermosa:

mucho más que al descubierto.

En adelante has de hablarme

encaretada y de negro.

(Ramona se quita la careta y la guarda.)

(Á su hermana.) Y tú te pones careta,

y no hablas, y no te veo,

y alcanzas ¡la perfeccion!

dados tu edad y tu sexo.

RITA.

Tú sólo la alcanzarás,

solteron, ruin y perverso,



cuando yo me sé. Ramóna,  
pierdes hablándole el tiempo.

VENTURA. No en verdad. Me he convencido  
de que si lo toma á empeño  
con ser ella... realidad,  
harto real, de carne y hueso,  
puede levantar de cascos  
á un romántico mancebo,  
como se envuelva entre sombras  
y hable en estilo poético.

(Se detiene un instante á reflexionar, luego es-  
talla de repente con nuevas dudas.)

Pero escucha... No señor...

digo que no me convenzo.  
El vió el retrato de Laura,  
luego no ha sido tu cuerpo,  
entre encajes y entre blondas  
aderezado y compuesto;  
ni tus frases zalameras,  
ó llamémoslas ingenio;  
ni tus ojos tras del raso  
parapetados y abiertos,  
haciendo de la careta  
por las dos troneras fuego;  
ni tu cutis... que aún resiste;

(Mirándole de cerca.)

ni de tu garganta y cuello  
los crepúsculos, velados  
á medias por malos medios;  
nada de esto ha sido, nada,  
lo que le ha sorbido el seso,  
sino aquella miniatura  
del rostro más puro y bello,  
que en la vega de Granada  
vió nunca el sol desde el cielo.

RAMONA. Antes de ver la pintura,  
forjóse tal otra Eugenio,  
que no ha de hallarla en la vida  
si la busca un siglo entero.

VENTURA. No me engañas: tú eres... ¡buena!  
pero yo no lo soy ménos.  
Esa historia es un embrollo!

- RITA. No te lo dije? es muy terco.  
Para sentar adoquines  
una cabeza sin precio.
- RAMONA. Pues supón que no fui yo.  
Razon de más.
- VENTURA. Eso es cierto.
- RAMONA. ¿Y traerás á Laura?
- VENTURA. Claro.
- RAMONA. Esa me basta. Silencio,  
que se acerca aquí Sofia.  
De conversacion mudemos.

## ESCENA II.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA. - VENTURA.—  
SOFÍA.—Esta última por la derecha, segundo término.

- SOFÍA. ¿No ha venido Eugenio?
- RAMONA. No.
- SOFÍA. (Señalando á Ventura.)  
¿Le has dicho?...  
(Doña Ramona hace señal afirmativa.)  
¿Y consiente?
- RAMONA. Sí.
- SOFÍA. (Dando la mano á Ventura.)  
¡Cuánto le agradezco!...
- VENTURA. (Ap.) (Así:  
ya soy del enredo yo.)
- SOFÍA. (Á Ventura.) Será cierta su maldad?  
Eugenio ¿tendrá una intriga?
- VENTURA. Yo qué quieres que te diga?
- SOFÍA. Lo que piense: la verdad.
- VENTURA. Y si tu esperanza trunca?  
Mira que yo me resbalo:  
pienso siempre lo más malo,  
y no me equivoco nunca.
- SOFÍA. Lo que es hoy acierta usted.
- RAMONA. No se sabe todavía.
- RITA. Vas muy de prisa, Sofia.
- RAMONA. Pensé hacerte una merced  
dándote de mi sospecha  
aviso en todo prudente,

y he levantado en tu mente  
una tempestad deshecha.

SOFÍA.

Tienes razon, madre amada.

(Se sienta al lado de su madre y casi se abraza á ella. Para esto es preciso que los personajes estén en el orden siguiente: en el s  
Rita y Ramona, á la izquierda del espectador esta última: Ventura al otro lado del escenario, es decir, á la derecha. Sofía se sienta á la izquierda, y de este modo queda, como se ha dicho, al lado de su madre.)

Si merezco que me riña.

(Dirigiéndose á Rita y Ventura.)

Soy una loca, una niña!

Pero soy tan desgraciada!

Todo mi valor invoco,

y al fin se deshace en llanto:

y es ¡que yo le quiero tanto!

y que ¡él me quiere tan poco!

Ustedes que por su edad

deben tener experiencia,

¿hay en los hombres conciencia?

¿ó saben lo que es piedad?

¿Hay manera de leer

en la luz de una mirada,

si una es la mujer amada,

ó si lo es otra mujer?

¿Habrà modo de arrancar

á un hombre del corazon?

Porque si él me hace traicion

yo, madre, le quiero odiar.

(Dice esto con desesperacion: rompe en llanto y se abraza á su madre.)

RAMONA.

Vamos, te hice maleficio!

SOFÍA.

Si no puedo.

RAMONA.

Aunque no puedas.

Si sigues así te quedas.

SOFÍA.

No, madre, yo tendré juicio.

RAMONA.

Seca tus ojos, y pronto:

se me figura que viene.

(Mirando al fondo.)

Y que finjas bien conviene:

mira que Eugenio no es tonto.

Sabrás tú?

VENTURA.

Si eso se hereda.  
¡Mujer y no ha de saber  
fingir, aún sin aprender!

SOFÍA.

Yo haré, mamá, lo que pueda.

### ESCENA III.

SOFÍA.—DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—VEN-  
TURA.—EUGENIO, por el fondo como viniendo de la  
calle.

EUGENIO.

Buenas noches.

VENTURA.

Á fe mia  
que lo han sido.

EUGENIO.

La velada  
¿no le pareció pesada?

VENTURA.

En tan buena compañía...  
Usté en cambio, en el café,  
entre taza y taza y copa,  
habrá arreglado la Europa  
con unos cuantos?

EUGENIO.

No á fé.  
Me precio de buen marido  
y aún de marido casero,  
quien quiere como yo quiero  
de su casa hace su nido.  
Sobre cierto asunto grave  
salí despues de comer.  
Yo no dejo á mi mujer  
por ninguno. Ya lo sabe.

(Acercándose á ella con fingida solicitud y co-  
giéndole la mano.)

Que diga si en once meses,  
sin ella, ni á pié, ni en coche  
he salido alguna noche.

SOFÍA.

Ántes de que tú vinieses  
precisamente eso mismo  
estaba diciendo yo.

(Á Ventura.) No es verdad? Diga que no.

VENTURA.

(Ap.) (La mujer es un abismo.)

EUGENIO.

(Con solicitud y cariño.)

Antes que él, por él respondo.

SOFÍA. ¿Y respondes?

EUGENIO. Que te creo.

VENTURA. (Ap.) (Pero en ese abismo veo que el hombre siempre es el fondo.)

EUGENIO. (Cogiendo una silla y sentándose al lado de Sofía: ambos esposos fingen gran pasión y alegría.)

Cásese usted, don Ventura, si quiere usted ser dichoso.

VENTURA. Sería muy mal esposo.

RITA. (Dando la mano á Ramona.)

Toca: tengo calentura.

EUGENIO. Pues yo, amigo, en mi casita  
paso mi vida serena,  
con mi mamá, que es muy buena,  
el arte y mi mujercita.  
Amigos! buena comparsa!  
no hay amigos de verdad.  
Esta es la felicidad.

VENTURA. (Ap. y levantándose.)  
(Y el disimulo y la farsa!)

EUGENIO. Qué le ha dado.

RITA. Algun calambre:  
él suele ser muy propenso.

VENTURA. Un calambre á lo que pienso.

RITA. (Á Ventura.) Mira, dame aquel estambre,  
el que está cerca del hule.

RAMONA. (Á Rita en voz baja señalando á Sofía y Eugenio, que hablan muy animados y contentos.)

(Observa su dulce charla:  
como proyecta engañarla  
preciso es que disimule,  
y que finja gran vehemencia,  
ó por velar su traicion,  
ó quizá en compensacion  
y en descargo de conciencia.)

RITA. (Ap. á Ramona.)

(Y ¿qué tal ella?)

RAMONA. Así, así.

(Ventura le trae el estambre: despues sigue paseando por la izquierda.)

- RITA. Te ha pasado?  
VENTURA. Qué sé yo.  
SOFÍA. (Á Eugenio en voz alta.)  
Y ¿no me engañas?  
EUGENIO. Que no.  
SOFÍA. (Con expresion de gozo.)  
Pero ¿es de veras?  
EUGENIO. Que sí.  
SOFÍA. Conque te gusta?  
SOFÍA. Esa es buena!  
gustarme no, que me hechiza.  
Si despues no se realiza  
voy á tener una pena!  
No sabes, mamá. Lo digo?  
(Consultando con Eugenio.)  
EUGENIO. Ya lo vas á descubrir.  
RAMONA. De qué se trata?  
SOFÍA. (Mirando á Eugenio.) De ir...  
VENTURA. Á dónde?  
RITA. Concluye.  
SOFÍA. (Como ántes.) Sigo?  
Al cabo lo han de saber...  
¿qué importa decirlo ya?  
Das permiso?  
RITA. Sí lo da.  
Vamos, despacha, mujer.  
SOFÍA. Mira que está ya en un tris!  
EUGENIO. Dilo.  
SOFÍA. Pues dame la mano.  
(Coge la mano á Eugenio, que se muestra algo avergonzado.)  
¡Vamos á ir este verano  
los dos juntos á París!  
(Empieza á no poder fingir felicidades que sabe que son ficciones, y le domina la emocion.)  
RAMONA. Pero ¿qué tienes, Sofía?  
SOFÍA. Qué he de tener... toma, toma!  
Y despues... juntos... á Roma...  
No puedo más, madre mia!  
(Se abraza á su madre llorando: D. Ventura con muestras de impaciencia emprende d'

- nuevo sns paseos.)
- EUGENIO.** Vamos, no llores, locuela. (Á Sofía.)
- SOFÍA.** Eugenio!...  
(Tendiéndole los brazos con arranque de pasión.)
- RAMONA.** (Ap. á Sofía.) No; que te pierdes.  
Es preciso que te acuerdes  
que esta noche se le cela.
- SOFÍA.** No te enfades: ya ha pasado: (Á Eugenio.)  
era sólo de alegría.  
(Eugenio se separa tambien de Sofía y pasea: al encontrarse se miran él y Ventura.)
- EUGENIO.** (Qué injusto soy con Sofía.)
- SOFÍA.** No pienses que me ha engañado.  
(Á Doña Ramona.)  
(Se vuelven a encontrar Eugenio y Ventura hácia la izquierda y se paran.)
- EUGENIO.** (Á Ventura, aparte.)  
(Aunque yo mucho la quiero,  
al ver lo que ella me quiere..  
alguna cosa me hiere,  
y no sé qué.
- VENTURA.** Yo lo infiero.
- EUGENIO.** Me avergüenza mi egoismo:  
su cariño me avasalla:  
pienso que soy un canalla...
- VENTURA.** Ha rato pienso lo mismo.  
(Se miran otra vez y sigue paseando Ventura sin ocuparse más de Eugenio.)
- EUGENIO.** Me plantó. Por Belcebú!  
que el buen hombre se explicó.  
Pase que lo diga yo,  
no que lo repitas tú.  
Está bien. Seré muy zote,  
pero yo tengo aprendido  
que nada hay más parecido  
á un grosero, que un francote.)  
(Se pasea con enojo: se cruza alguna vez con Ventura mirándose con hostilidad cómica. Al fin se aproxima á Sofía.)
- EUGENIO.** Estás triste? Estás inquieta?
- SOFÍA.** No: me siento fatigada.

- VENTURA. (Volviéndose á sentar á la izquierda en una butaca.)  
Con nosotros excusada  
sabes que es toda etiqueta.
- RAMONA. Retírate á descansar.
- EUGENIO. Sí, retírate, Sofía.
- SOFÍA. Adios... (Á Rita.)  
Adios... (Á Ventura.)  
Madre mia... (Abrazándola.)  
(Á Eugenio dándole la mano.)  
Mira que no has de olvidar  
nuestro plan.
- EUGENIO. De ningun modo:  
(Llevándola cariñosamente hasta la puerta de  
la derecha, segundo término.)  
suceda lo que suceda,  
esta noche como pueda  
lo arreglo.
- SOFÍA. (Y lo sé yo todo.) (Ap.)
- VENTURA. (Ap. mirándolo.)  
(Que así en mentiras derroche  
tanto bueno una persona!)
- EUGENIO. (Qué cara tan socarrona  
tiene mi suegra esa noche.)

#### ESCENA IV.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—EUGENIO.—  
VENTURA.

Ramona, Rita y Ventura, sentados: Eugenio en pie paseando de un lado para otro con febril impaciencia y mirando el reloj. Rita de cuando en cuando da una cabezada.

- EUGENIO. Y Vicente? no ha venido!
- RAMONA. Allá en tu despacho entró.  
Estará leyendo.
- EUGENIO. No. (Asomándose.)  
Tambien se quedó dormido.  
Como es tan tarde... (Reforzando la voz.)
- VENTURA. (Ap.) (Proyecta  
enviarnos á descansar.)



Pues ya se puede aguardar.)

(Se arrellana en la butaca y echa la cabeza hácia atrás como para dormir: Doña Rita duerme decididamente dejando caer la cabeza y la labor.)

EUGENIO. (Ap.) (No comprendió la indirecta.)

VENTURA. Conque durmiendo? Es muy dueño si el dormir le satisface.

¿No creen ustedes que hace esta noche mucho sueño?

RITA. (Como despertando un momento, y luego volviendo á dormirse.)

Con mi jaqueca, en verdad que ni sé si estoy despierta.

EUGENIO. (Ap.) (Fues yo los planto en la puerta con toda solemnidad.)

(En voz alta.) Si están ustedes enfermos ya saben que hay coche en casa.

(Ap.) (¿Qué hago yo si la hora pasa con estos tres estafermos?)

(Se acerca á D. Ventura, que tambien se duerme ó finge dormir. Se aproxima despues á Ramona y le dice señalando á Ventura y en voz baja.)

Se durmió.

RAMONA. Cómo ha de ser.

Siempre en casa hizo lo mismo.

EUGENIO. Lástima de sinapismo.

Qué se hace! Vamos á ver!

RAMONA. Nada: dentro de tres horas despierta tan campechano.

EUGENIO. ¡Dios me tenga de su mano!

¡Tres horas!

RAMONA. Y te acaloras por eso? Si no hay motivo.

Te molesta su visita?

EUGENIO. Á mí? No. Pero... me irrita...

RAMONA. Vaya, qué genio tan vivo.

EUGENIO. Mire usted, están ya rojos: les va á dar un accidente.

RAMONA. Á mí tambien...

(Fingiendo que tiene sueño é inclinando la ca-

beza á un lado.)

EUGENIO.

Dios clemente!

si se le cierran los ojos!

(Avanza al primer término con ademán de desesperacion. Ramona, Rita, Ventura duermen ó fingen dormir en posiciones diversas y formado un grupo cómico aunque no grotesco. Pausa.)

EUGENIO.

Que un ser de espíritu libre

y de noble pensamiento

esté sufriendo el tormento

de gente de este calibre!

Que tan ruin cadena arrastre

mi voluntad prisionera,

y que al volar á otra esfera

se lleve siempre este lastre!

Que cuando viene afanosa

á mí su imágen querida

(Sacando el retrato y contemplándolo.)

y despierto á nueva vida

me quedé durmiendo en prosa!

¡Mi Laura, mi porvenir,

mujer entre las mujeres,

tú, esperando que estos seres

estén hartos de dormir!

Ruindad! torpeza! miseria!

(Á Ramona, Rita y Ventura.)

¡Vision pura y celestial! (Al retrato.)

¡Espera, divino ideal,

que despierte la materia!

Prudencia y resignacion,

porque si no me contengo!...

La fortuna es que yo tengo

mucha, mucha educacion.

Pero toda no es bastante,

porque pensar que me espera,

y que yo de esta manera,

y con estos tres delante,

cuando de Laura diviso

los peregrinos contornos,

he de apurar tres bochornos,

y he de mostrarme sumiso,

y he de humillar mi cerviz  
bajo infernales conjuras,  
contemplando esas figuras  
escapadas de un tapiz,  
es pensar con gran exceso,  
y en el exceso hay quebranto,  
porque yo nunca fui santo,  
sino hombre de carne y hueso;  
y al más prudente y más justo  
¡cuando mucho se le asedia!...  
y si Dios no lo remedia  
yo voy á darles un susto.

(Acercándose para mirarlos de cerca: pasando  
de uno á otro y como buscando para cada uno  
punto de vista distinto.)

Don Ventura! Doña Rita!  
y mi suegra! Tres cabales.  
Y pensar que mis ideales  
por una errata maldita,  
ó mejor dicho por dos,  
por ese grupo anduvieron!  
Dios mio, pensar que fueron!...

No tengo perdon de Dios!  
(Ocultándose el rostro entre las manos.)

Ó lo tengo! y soy cobarde!  
(Con energía y alzando la cabeza.)  
y mi culpa es culpa humana!  
y el ideal de la mañana  
es ridículo á la tarde!

Pero entre unas cosas y otras  
el tiempo corre que vuela  
y ninguno se desvela...

(Revolviéndose con impaciencia: buscando algo  
y reparando en el piano: se da una palmada  
en la frente y exclama.)

Ay de tí! (Á Ventura.)

Y ay de vosotras!

(Á Ramona y Rita.)  
si no os despierta en monton  
de estas teclas la armonía,  
como en la vieja Abadía  
de Bertran la evocacion,  
despertó cuerpos terrosos,

malas monjas ya profesas,  
casquivanas abadesas,  
y abades libidinosos.

(Se precipita al piano y toca con el mayor estrépito posible la escena de la evocacion en la abadía de Roberto el Diablo.)

- RITA. Qué ruido tan infernal!  
y qué sueño tan profundo!
- RAMONA. Vamos, no era de este mundo!
- VENTURA. Señor, ¿quién toca tan mal?
- EUGENIO. Ya se oyen crugir sus huesos:  
ya se empalman: ya se empinan:  
ya caminan: ya caminan.
- VENTURA. Señor, ¿qué golpes son esos?  
(Poco á poco se han ido levantando los tres y acercándose á Eugenio, que sigue tocando con verdadero furor. Rita tose alguna vez.)
- EUGENIO. Ya vienen á tropezones  
con sus toses y sus asmas:  
ya se acercan los fantasmas,  
es decir los fantasmones.
- VENTURA. Usted ¿toca siempre así!
- EUGENIO. Siempre no: de trecho en trecho.
- VENTURA. Pues, amigo, buen provecho.  
Vámonos, Rita, de aquí.
- RITA. Vámonos: sí. No estoy buena.
- RAMONA. Tan temprano os vais?
- EUGENIO. (Levantándose de un salto del piano.)  
Señora!  
me parece que ya es hora.
- VENTURA. (Despidiéndose de Eugenio.)  
Siga usted con su faena.
- RAMONA. (Ap. á Ventura.)  
(Vuelves pronto?)
- VENTURA. (Ap. á Ramona) (Diez minutos:  
si sabes que es ahí al lado.)  
(Ramona, Rita y Ventura se dirigen al fondo.)
- EUGENIO. Buenas noches...  
(Desde el piano, del cual no se separa, pero en pié. Aparte.)  
(me habeis dado.  
En fin, estos son tributos

pagados á la amistad.  
Aún tengo tiempo de sobra.  
(Mirando al reló.)  
Pero era tal mi zozobra!...  
En fin... ¡la felicidad!

RAMONA. (Volviendo del fondo.)  
Que descanses.

EUGENIO. Buenas noches.  
Cuide usted mucho á Sofía.  
Estaba un poco...

RAMONA. Sería  
cansancio.  
(Sale Doña Ramona por la derecha segundo término.)

EUGENIO. Bah! no hay reproches,  
por esta vez, ni sermon.  
Todo de color de rosa!  
Cuan hermosa! cuan hermosa!  
Eh, Vicente!. . . Dormilon!  
(Acercandose á la puerta del estudio.)

## ESCENA V.

EUGENIO.—VICENTE, que sale, sin despertar del todo,  
por la derecha, primer término.

VICENTE. Qué quieres, hombre? ¡qué gritos!  
Tendido en una butaca  
cogí el sueño ¡más hermoso!  
Soñaba...

EUGENIO. Lo que soñabas  
no me importa.

VICENTE. Lo agradezco.

EUGENIO. Vamos pronto: el tiempo es plata.

VICENTE. Oro dicen.

EUGENIO. Entre ingleses,  
pero estamos en España.  
Esta noche voy á verla.

VICENTE. Á quién?

EUGENIO. Imbécil ¡á Laura!

Despierta, hombre. (Sacudiéndolo.)

VICENTE. Ya despierto.

:

- Si entiendo bien lo que me hablas.  
¡Que teneis cita en el Real! (Gritando.)
- EUGENIO. No tan alto.
- VICENTE. Es que me exaltas.
- EUGENIO. En el Real! Hay contra órden.  
He recibido otra carta:  
y como está en los secretos  
de esta casa y de su casa,  
me advierte que mi mujer  
y mi suegra van de máscara  
¡para sorprenderme! ¿entiendes?
- VICENTE. Una contramina.
- EUGENIO. Anda!  
si me descuido me vuelan.  
Aunque volado ya estaba.
- VICENTE. Y bien?
- EUGENIO. Y bien, que no voy.
- VICENTE. Lo apruebo, chico: á la cama.  
(Como para irse él tambien.)
- EUGENIO. No acertaste.
- VICENTE. Pues entónces...
- EUGENIO. Entónces, no es la palabra.
- VICENTE. Entónces ¿cuál es?
- EUGENIO. Ahora.
- VICENTE. Ahora?
- EUGENIO. Sí. Viene á mi casa. (Al oido.)
- VICENTE. *Ella misma?*
- EUGENIO. No. Sería  
*otra misma!* Calabaza!  
(Dándole familiarmente un golpe en la cabeza.)  
Las dos mujeres se van  
y pagan su desconfianza,  
(Con severidad cómica.)  
porque no hay culpa en la vida  
sin su castigo á la larga.  
Yo en mi casita me quedo  
como hombre de juicio y calma:  
y ya ves, la recompensa  
viene á buscarme á mi casa.  
Vamos ¿qué dices? Por qué  
has puesto tan mala cara?
- VICENTE. Porque ¿qué mujer es esa,

que de tal manera?...

EUGENIO.

Calla!

No profane tu malicia  
vulgar, arranques de un alma,  
que habita puras regiones,  
que ni comprendes ni alcanzas.

VICENTE.

Bueno, será como dices.  
Pero en otra ménos santa,  
tal conducta, *liviandad*  
ó algo más duro se llama.

EUGENIO.

Pues son en ella... ¡explosiones  
de mujer enamorada!

VICENTE.

¡Que no me cogiese á mí  
todo el cuerpo y toda el alma  
una explosion de ese género  
tres veces á la semana!

EUGENIO.

Quieres callarte? Me irritas  
y me indignas. Ea, basta.

VICENTE.

Y sobra. Y segun parece  
yo sobro tambien.

EUGENIO.

(Deteniéndolo por el brazo.) Aguarda.

VICENTE.

¿No dices que va á venir?

EUGENIO.

Cuando las otras dos salgan.  
Y entónces te necesitó.

VICENTE.

Á mí?

EUGENIO.

La cosa es bien clara.  
¿Tú eres mi amigo?

VICENTE.

¿Ló dudas?

EUGENIO.

Pruebas te da mi confianza  
de que te tengo por tal.

VICENTE.

Y lo soy: conque declará  
tu atrevido pensamiento,  
que estoy ansioso con ganas  
por conocer el papel  
de paje, galan ó barba,  
que en esta explosion de amor  
tu noble amistad me guarda.

EUGENIO.

Mira, Vicente, quisiera  
que á la una...

VICENTE.

Que á la una? acaba.

EUGENIO.

Pero querrás?

VICENTE.

Ya lo creo!

- EUGENIO. Fueses tú mismo á buscarla.  
(Vicente hace un ademán de asombro como quien dice: «¿pero hombre, he de ir yo á traértela?») Vendrá aquí cerca: al volver: en un coche.
- VICENTE. Por qué causa no vas tú?
- EUGENIO. Porque no puedo salir hasta que se vayan, y si entre tanto ella llega, y de esperarme se cansa... Pero, te anticipas tú...  
(Abrazándolo como para convencerle.)  
¿Comprendes?... Y cuando armadas de capuchon y careta las otras dos... Con mi Laura, con mi tesoro, mi cielo, entras por la puerta falsa.
- VICENTE. Mal nombre tiene esa puerta.
- EUGENIO. Pero es discreta y callada. Vamos, ¿consientes?
- VICENTE. (Con sorna.) Consiento, sólo por ver en qué paran ideales que con careta vienen y tal puerta pasan.
- EUGENIO. Dame un abrazo.  
(Deteniéndose y prestando atención.)  
¿Oyes ruido?
- VICENTE. (Acercándose á una puerta.) Viene gente á la callada.
- EUGENIO. Para explorar el terreno. Sigüeme, desde esa estancia á nuestra vez observamos y al maestro cuchillada.  
(Salen Eugenio y Vicente por la puerta del estudio llevándose la luz y se ocultan tras los cortinajes.)



## ESCENA VI.

EUGENIO.—VICENTE, ocultos.—LAURA.—VENTURA, por la derecha, segundo término. Laura trae una luz, viene vestida de negro y con careta.

VENTURA. Ven: silencio, precaución.

VICENTE. Tu mujer: es su estatura.

EUGENIO. De fijo. También Ventura es de la conspiración.

VENTURA. (Impaciente y volviéndose á mirar por la puerta por donde vino.)

Si salió de su aposento,

¿qué está haciendo que no viene?

¿Señor, en qué se entretiene?

Aguarda. Vengo al momento.

## ESCENA VII.

EUGENIO y VICENTE, siempre tras los cortinajes  
LAURA.

LAURA. (Con tono triste y poético.)

Aguarda!... Siempre aguardar!

Y sola!... si es mi destino!

Nunca el fin!... Siempre el camino!...

Y mañana... ¡Cielo y mar! (Pausa.)

Por qué querría Ramona?...

Cuánto tardan!... Tengo miedo!...

(Mirando alrededor.)

(Se acerca al espejo que está sobre el piano, dejando en él la luz que trajo, y procura arreglarse una rosa sobre el cabello.)

No puedo!... Vamos, no puedo!

EUGENIO. Una flor!... Ah, coquetona!

(Viendo Laura que no puede colocarse la rosa se quita la careta.)

Su reflejo en el cristal! (Quiere salir.)

(Laura oye ruido y apaga la luz: la sala queda completamente á oscuras. Todo esto muy rápido, de modo que la imagen de Laura sólo aparezca en el espejo un brevísimo instante. Despues todo queda en sombras.)

VICENTE      Calla, loco.  
EUGENIO.      Loco, sí.  
Fué un relámpago, mas ví  
en él su imágen ideal! (1).

### ESCENA VIII.

LAURA.—EUGENIO.—VICENTE, estos dos siempre ocultos: SOFÍA y VENTURA por la derecha segundo término. Sofía de negro tambien y con la careta en la mano. La escena á oscuras.

VENTURA.    Paso á paso.  
                  (Ap.)            (Buena cruz  
                          me eché con estas mujeres.  
                          Lo que es otra... que si quieres!)  
                          (Á Laura en voz alta.)  
                          ¿Por qué apagaste la luz?  
LAURA.        (Á Ventura en voz muy baja.)  
                          (Sentí ruido.)  
SOFÍA.         (Tambien en voz baja.)  
                          (Hiciste bien.)  
EUGENIO.      Yo la he visto.  
VICENTE.        Eres atroz.  
SOFÍA.         (Adelantándose hácia el foro.)  
                          Venid por aquí.  
EUGENIO.      Su voz.  
VICENTE.      Vamos á ver, ¿la de quién  
                          te trajo en suspenso el aura?  
EUGENIO.      La de quién! La de Sofía.  
VICENTE.      Ménos malo: yo creía  
                          que era tambien la de Laura.  
VENTURA.      Si encontramos al traidor  
                          (Á Sofía ) en tu prudencia confío.  
SOFÍA.         Que no lo encuentre, Dios mio,  
                          ó que muera de dolor.  
                          (Salen por el fondo Sofía, Laura y Ventura.)

---

(1) Véase la nota II.

ESCENA IX.

EUGENIO.—VICENTE.

Entran trayendo la luz, que dejan sobre el velador. Eugenio viene muy pensativo.

VICENTE. Preludio cierto de paz  
y síntoma terminante:  
ya ves de Laura el semblante  
confundido con la faz  
de tu esposa, que es volver  
poco á poco hácia el redil,  
y hacer un todo gentil  
de la pasión y el deber.

EUGENIO. No es eso: vas muy de prisa.

VICENTE. Pues será que me confundo.

EUGENIO. Es que el ideal en el mundo  
solamente se divisa,  
cuando se divisa más,  
una, ó dos veces, ó tres;  
y pasa y huye, y despues  
no vuelve á verse jamás.

Una noche de locura  
envuelto en sombras lo ví,  
y á mi lado lo sentí  
en otra de calentura.

Con pasmosa rapidez  
dióme el cristal su vision,  
y me dice el corazon  
¡que fué por última vez!

VENTURA. Por última? Y te previene  
que está esperando en el coche!  
Por última? Y esta noche  
por la puerta falsa viene!  
Desengaños en tu daño  
forjas á más y mejor!

EUGENIO. Pues vé, y que venga mi amor  
ó que venga el desengaño.

(Sale Vicente por el fondo.)

ESCENA X.

EUGENIO.

Va á venir: dice verdad:  
eran vanos mis temores:  
el sueño de mis amores  
se convierte en realidad.  
Existe: no es ilusion:  
¡si la están viendo mis ojos!  
(Contemplando el retrato.)  
Y si estos son sus despojos  
¡qué será su perfeccion!  
Dudo como duda el ciego  
que cegó casi al nacer,  
que pueda en el fuego haber  
otra cosa más que fuego;  
pero que rompa el capuz  
que da sombra á los cristales  
de sus ojos, y á raudales  
entrará en ellos la luz.  
Vendrá: la conoceré;  
y la necia que intentara  
engañarme, se llevara  
soberano chasco á fé.  
La prueba en mi mente está:  
una frase que los dos  
sabemos no más y Dios,  
«ó en la vida ó más allá.»  
Si con esta frase sella  
mi primer grito...  
(Escuchando con afan.) Ya vienen...  
Ya se acercan.—Se detienen...  
Cumpló su mandato.  
(Abre el balcon por donde entra un rayo de  
luna y apaga la luz. En este momento se  
presenta en el fondo vestida de negro y con  
careta una mujer.)

ESCENA XI.

EUGENIO.—UNA MÁSCARA.

EUGENIO.

¡Es ella!

(La mujer avanza hasta colocarse en el rayo de luna. Eugenio queda á la derecha sin atreverse á dar un paso y vacilando entre la esperanza y el temor.)

Es ella!... ¿Pero será?... (Aparte.)

Como ha tanto que nos vimos ya dudaba...

(Dice esto desde lejos y con voz apagada.)

MÁSCARA.

Convinimos,

*«que en la vida ó más allá.»*

EUGENIO.

(Da un grito y se acerca apasionadamente á ella con todos los arrebatos que la prudencia permita.)

Ya no dudo... Laura mia!

Ya no es posible el engaño!

Te he esperado todo un año!

Qué eterno!... No concluía!

Muéstrame tu blanca tez:

rasga el raso: rasga el velo,

y contemple yo ese cielo

en toda su esplendidez!

Por qué la careta negra

no arrancas de ese semblante!

RAMONA.

Eugenio... ¡tienes bastante!

EUGENIO.

Laura!... mi Laura!... ¡¡mi suegra!!

(Doña Ramona y Eugenio envueltos en el mismo rayo de luna: doña Ramona se quita la careta y vuelve el rostro con cierta gachonería hácia Eugenio: este en el primer momento se acerca á ella como para beber la luz de su primera mirada, despues retrocede horrorizado. Todo esto queda encomendado al talento de los actores.)

¡Mentira, mentira!...

(Como huyendo de una vision.)

- RAMONA. Pues,  
tú podrás dudar ó no;  
pero tu suegra soy yo,  
de la cabeza á los piés.
- EUGENIO. (Acercándose á ella con aire amenazador.)  
Y ha pensado usted que á mí  
nadie me pone en ridículo?
- RAMONA. No sales con mal versículo!  
Como hace un año te dí  
otra broma allá en el Real  
y la encontraste tan bien,  
quién adivinaba, quién,  
qué esta te supiese mal?  
(Eugenio hace ademanes de asombro que equi-  
valen á una interrogacion.)  
Qué esperas de la fortuna,  
si el contemplar no te alegra  
á toda tu mamá suegra  
al resplandor de la luna?  
Un bello ideal has buscado  
en fantásticas regiones:  
diste algunos tropezones,  
pero al fin lo has encontrado.
- EUGENIO. Pero era usted? Me confundo!  
Pero y Laura?
- RAMONA. Laura bella?  
si quieres irte con ella  
prepara el viaje á otro mundo.
- EUGENIO. Ha muerto?
- RAMONA. No digo más  
que lo dicho, y no te asombre;  
(Eugenio se deja caer en la butaca de la iz-  
quierda.)  
que aunque mujer, soy un hombre  
en el no mentir jamás.
- EUGENIO. Pero tambien el retrato  
es de usted?
- RAMONA. Cuando tenía  
quince años. ¡Me parecía!...
- EUGENIO. Luego soy un insensato!
- RAMONA. Ni más ni ménos: en prosa.  
Y sólo así te he sufrido (Con dignidad.)

que dijese... lo que olvido,  
á la madre de tu esposa.

VICENTE. Lo sabe?

RAMONA. Loca estaría.

(Se quita el dominó y lo arroja sobre una silla.)

Ahora si eres caballero  
recuerda que yo no quiero  
que me mates á Sofía.

(Con emocion, casi con lágrimas: Despues se dirige á la derecha, primer término.)

## ESCENA XII.

EUGENIO.—DOÑA RAMONA.—SOFÍA.—VICENTE.

RAMONA. Ha vuelto la niña?

VICENTE. Sí,

y por usted, y de su parte,  
le dije, que sólo el arte  
le tiene fuera de sí:  
que es un santo, un inocente:  
que es materia averiguada:  
que prepara un cuadro... nada:  
cualquier cosa.

RAMONA. Bien, Vicente.

VICENTE. Silencio.

(Señalando á Sofía que viene por la derecha, segundo término. Sofía avanza lentamente y se coloca en pié detrás de Eugenio: este sentado en la butaca y cubriéndose el rostro con las manos; Ramona y Eugenio en la puerta del estudio. Pausa. Eugenio se vuelve y ve á su mujer.)

EUGENIO. Sofía.

SOFÍA. (Acercándose á él afanosa y amante.)

Dí,

has llorado?

EUGENIO. Y no lo siento.

SOFÍA. De qué?

- EUGENIO. De remordimiento.  
SOFÍA. Remordimiento!  
EUGENIO. Por tí.  
SOFÍA. Es por mí! Virgen sagrada!  
de gozo estalla mi pecho!  
EUGENIO. Porque no tengo derecho  
para hacerte desgraciada.  
(Se levanta con ímpetu y se abrazan.)  
SOFÍA. Si no lo soy de este modo.  
EUGENIO. De veras?... De veras?  
SOFÍA. Toma!...  
EUGENIO. Juntos á París!  
SOFÍA. Y á Roma!  
EUGENIO. (Quedan en primer término hablando y apretándose las manos.)  
Tambien... á Roma por todo!  
VICENTE. (Deteniendo a la derecha á Ramona, que quiere acercarse á su hija.)  
Ahora que ya se arreglaron,  
si usted quisiera explicarme...  
RAMONA. Para qué?  
VICENTE. Para enterarme.  
Engañóse ó le engañaron?  
Yo no lo sé y me confundo.  
Porque el ideal de ese triste  
¿existe?  
RAMONA. El ideal existe  
siempre... *pero en otro mundo.*  
(Vicente y Doña Ramona se acercan á Eugenio y Sofía.)  
EUGENIO. (Tendiendo los brazos á Vicente.)  
Ven aquí...  
VICENTE. Ya estás cabal?  
SOFÍA. (Abrazándola.) Soy muy feliz, madre mia!  
EUGENIO. (Á Vicente.) Tambien mi pobre Sofía  
EN POS CORRE DE UN IDEAL.  
(Adelantándose al proscenio.)  
Corrimos tras dos ideales  
los dos con afan profundo,  
El mio voló á otro mundo  
de espíritus celestiales.  
El suyo, que alas caudales



ni tiene, ni ha menester,  
al fin se dejó coger.  
¿Cómo no, si está á la mano;  
si es terreno; si es humano;  
*si es el ideal del deber?*

**FIN DE LA COMEDIA.**

## NOTAS.

---

### I.

Un eminente crítico me censura con desusada acritud por haber atribuido á Judas el acto de pública limpieza que realizó Pilatos.

Yo, sin embargo, y despues de dar á aquella profunda observacion todo el valor que tiene, y que muestra una potencia de análisis bajo todos conceptos notable, insisto en que Rafael se lavó las manos como Judas. Porque al fin y al cabo Judas pudo ser un mal Apóstol y tener el capricho de llevar las manos limpias.

### II.

En *este momento y en esta escena*, está condensado el pensamiento de la obra, á pesar de haber dicho otro crítico (no el de Judas) que Laura era un personaje inútil, creado con el único objeto de alargar el acto.

Laura es el *ideal y el ideal existe; se presenta un instante, sólo un instante y luégo se borra*.

Rafael lo busca: lo persigue: pero en vano. Una vez y otra tropieza con la realidad bajo su forma más prosáica; en ocasiones bajo su más grotesca forma.

Al fin su ideal se va á *otro mundo*.

Esto he querido hacer, y esto he querido pintar en una comedia ligera y sencilla.

Si no lo he conseguido, paciencia. Y si hasta cierto punto lo hubiera conseguido, paciencia tambien.

## ZARZUELAS.

El domador de fieras.....	1	D. J. Campo Arana ( <i>Mitad</i> )	L.
El güinero celoso.....	1	Manuel Fernandez...	L. y M.
El lucero del alba.....	1	Manuel Fernandez..	M.
Entre dos tios.....	1	Manuel Nieto.....	M.
La jota aragonesa.....	1	Sres. Navarro y Fernandez Caballero.....	L. y M.
La matancera.....	1	D. Manuel Fernandez...	L. y M.
La pecadora, cancion.....	1	Sres. Alvarez, Puente y Caballero.....	L. y M.
Las hijas del tambor mayor.....	1	R. L. P. de Guzman.	L.
Las guarachas.....	1	D. Manuel Fernandez..	L. y M.
Los negros catedráticos.....	1	Manuel Fernandez..	L. y M.
Nos matamos.....	1	Navarro y Nieto....	L. y M.
Sonó la flauta.....	1	Cuartero y Taboada.	L. y M.
Espiridion en Vulcano.....	2	Rafael Taboada, <i>Mis</i> .	M.
La clave.....	2	Campo Arana ( <i>Mitad</i> )	L.

# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

## PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

## PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—  
Lisboa.

## FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Dené*.—15 Rue Monsigny, Paris.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.